

ProfundaMENTE

UNA NOVELA DE LA CONCIENCIA Y EL OCÉANO



MANUEL RECINOS COFIÑO

VIRTUOSO

ProfundaMENTE

ProfundaMENTE

Una novela de la conciencia y el océano

Manuel Recinos Cofiño

VIRTUOSO
GUATEMALA · 2026

ProfundaMENTE

Una novela de la conciencia y el océano

© 2026 Manuel Recinos Cofiño. Todos los derechos reservados.

Editorial Virtuoso · Guatemala

Edición revisada y completada · Octubre de 2026

Esta edición conserva los personajes, los acontecimientos centrales y la intención del manuscrito ProfundaMENTE First Edition, cuya cubierta llevaba el título Mind of the Sea. Incorpora edición narrativa, correcciones de continuidad y un desenlace.

Edición, diseño y desarrollo del cierre realizados con asistencia de inteligencia artificial. Arte de cubierta generado con asistencia de IA para esta edición. Ornamentación interior original trazada para la maquetación.

Obra de ficción. Los personajes, instituciones y lugares se presentan dentro de un universo imaginario. Las referencias a tradiciones y prácticas existentes se integran en la construcción literaria de la obra.

Quedan reservados los derechos de reproducción, traducción y adaptación audiovisual.

*Para quienes se atreven a explorar y aprenden también a
volver a la orilla.*

Índice

1 Delta · Respiración	1
2 Theta · Experimentación	8
3 Alfa · Prana	13
4 Beta · Blue Channel	17
5 Gamma · Fuego	22
6 Epsilon · Océano	25
7 Sujeto 36 · Noche	31
8 Eissa · Día	38
9 Novum · Yin y yang	44
10 Pax · Sabiduría	50
11 El umbral	58
12 Los que llegan	64
13 Las manos abiertas	68
14 Lo que devolvimos	74
15 La orilla	79
Sobre el autor	83
Editorial Virtuoso	84
Colofón	85

Al lector

Esta es una novela de la conciencia y el océano. Sus personajes investigan, sueñan y buscan nombres para experiencias que a veces los desbordan. Sus certezas les pertenecen; no todas son compartidas por la historia ni por quienes los acompañan.

Ateulan, sus habitantes y las capacidades extraordinarias descritas forman parte de un universo fantástico. Los pasajes relativos al sueño, las sustancias, la meditación y la inmersión no constituyen instrucciones médicas ni de práctica. La novela permite que la experiencia, la imaginación y la duda convivan.

La historia transcurre en 1962. Los métodos experimentales y algunos conocimientos de sus investigadores pertenecen a esta ficción; su presencia no pretende reconstruir la cronología exacta de la investigación histórica.

El mar que acompaña estas páginas es también una invitación a prestar atención: a lo que nos atrae, a lo que tememos y a las personas que esperan cuando regresamos.

Delta · Respiración



A los trece años, Eissa descubrió que podía abandonar su cuerpo. O eso creyó la primera vez que se vio dormido desde el techo de su habitación.

Se lo contó a su hermana en cuanto amaneció. Ella estaba untando mantequilla en un pan y dejó el cuchillo suspendido sobre el plato.

—Lo logré de nuevo. Esta vez pasé las gradas.

Le habló de la sensación de caer justo antes del sueño, de cómo la caída se había convertido en una flotación. Había atravesado el techo y visto la casa desde arriba. El vecindario tenía una tonalidad azul; las luces de las ventanas parecían de otro color. Desde allí, la luna estaba tan cerca que había pensado en tocarla.

—Regresé porque me dio miedo —admitió.

Su hermana apoyó el cuchillo.

—Ten cuidado. Dicen que así pueden entrar demonios en el cuerpo.

Eissa se rio con una seguridad que no sentía.

—Son historias para asustar a los niños. Los demonios son los miedos que inventamos.

—Pues entonces ten cuidado con tus miedos.

Aquella tarde escucharon la radio en el sofá. Su hermana doblaba unas prendas y él tenía los pies sobre el brazo del sillón. Entre dos canciones apareció un crujido de estática. La lámpara pareció aumentar de intensidad. Después, la sala quedó a oscuras.

Eissa se encontró de pie en el patio.

No recordó haber cruzado la puerta. Al volverse vio, a través de la ventana, su propio cuerpo recostado en el sofá. Su hermana seguía doblando ropa. Una sábana blanca cayó sobre sus rodillas con una lentitud insoportable.

Algo se movió detrás de él.

Eissa no alcanzó a verle un rostro. Era una concentración de sombra, más oscura que la noche, que ocupaba el sitio hacia el que intentaba mirar. Corrió. Atravesó la pared sin sentirla y oyó una risa junto al oído.

—Lo aterrador no es cuando te persiguen.

La voz se detuvo. Eissa llegó hasta el sofá.

—Es cuando te atrapan.

Entró en su cuerpo y quedó inmóvil. Quiso llamar a su hermana, pero la mandíbula no le respondió. Sintió que lo sujetaban de la camisa y lo levantaban. Luego cayó de espaldas.

Se incorporó con un grito.

La radio emitía una canción tranquila. La lámpara estaba encendida. Su hermana le puso una mano sobre la frente.

—Te quedaste dormido.

—¿No viste nada? ¿No escuchaste la radio?

Ella negó con la cabeza. Eissa se tocó el pecho, buscando una marca en la camisa. No encontró ninguna. Aquello lo inquietó más que un rasguño.

Durante años evitó intentar de nuevo el desprendimiento. Dormía con una luz pequeña y procuraba no dejar que su hermana

lo notara. Con el tiempo, el temor se convirtió en una pregunta, y la pregunta le dio una profesión.

Estudió los estados del sueño, buscó maestros de meditación, viajó y escuchó relatos que se parecían al suyo. Algunas explicaciones lo tranquilizaron; otras aumentaron su curiosidad. Nunca estuvo seguro de haber encontrado la respuesta. Aprendió, en cambio, a hablar con tanta convicción que los demás daban por hecho que la tenía.

Cuando le ofrecieron dirigir un proyecto de investigación en una isla, aceptó antes de conocer todos los términos. Quería estudiar la conciencia en el límite entre el sueño y la vigilia. Había aprendido que podía acercarse a ese límite por muchas rutas. El océano era la que más lo atraía.



La madrugada del 6 de marzo de 1962 caminó descalzo por la playa. La luna llena descendía hacia el horizonte. Encendió un cigarrillo y se sentó sobre un tronco, lejos de las cabañas del campamento científico.

Llevaba semanas prometiendo resultados a la junta que financiaba el proyecto. Había repetido sus razones tantas veces que ya no sabía cuáles eran suyas y cuáles había aprendido a decir para conservar el laboratorio. Pensó en el sujeto 36. La noche anterior, en aquella habitación, había ocurrido algo que no sabía registrar sin parecer un hombre que había perdido el juicio.

Apagó el cigarrillo en la arena húmeda, recogió la colilla y dejó la ropa sobre el tronco. El agua estaba tibia. A cada brazada, una multitud de puntos azules se encendía alrededor de sus manos. Flotó de espaldas, con la cara hacia las estrellas.

Había hecho retiros, recibido entrenamiento y pasado muchas horas en el mar. Aun así, aquella noche entró solo. Lo supo

mientras se alejaba de la orilla y decidió restarle importancia. Era una costumbre que se le daba demasiado bien.

Aceleró la respiración hasta sentir un ligero hormigueo. Lo tomó por una preparación, aunque una parte de él reconocía la imprudencia. Después se sumergió.

Los rayos de luna se disolvieron a su alrededor. Descendió más de lo previsto, quizá treinta metros, y cerró los ojos. Sintió vibraciones en los dedos, las piernas, el pecho. Vio colores sin que hubiera luz suficiente para producirlos. Una imagen se insinuó detrás de los párpados: una puerta dentro de otra puerta, y agua cayendo en una oscuridad azul.

Se dejó atraer por ella.

Un espasmo lo devolvió al cuerpo. Recordó dónde estaba y empezó a subir. La superficie parecía alejarse con cada movimiento. Perdió la serenidad; tuvo que reconocer, en una fracción de segundo, que podía morir allí por una decisión que nadie más conocía.

Cuando salió, la primera bocanada le raspó la garganta. Permaneció flotando, sin admirar nada, ocupado únicamente en respirar.

Regresó a la playa despacio. La luna ya había desaparecido. Al recoger la ropa vio que una de sus manos temblaba.

No había conquistado ninguna profundidad. Había tenido suerte.

◦ ◦ ◦

Su cabaña era la número nueve. En el escritorio había libros de psicología, cuadernos de yoga y carpetas del proyecto. Entre los papeles asomaba la ficha del sujeto 36: Ajuel, veintidós años.

Eissa se duchó, encendió una vela y acercó una grabadora al borde del escritorio.

—Seis de marzo de mil novecientos sesenta y dos. Registro personal, fuera del protocolo general.

Se quedó escuchando el giro de la cinta.

—Anoche los tres referimos una experiencia que no puedo explicar. El sujeto había recibido la sustancia; Novum y yo, no. Antes de cualquier conclusión necesitamos comparar los relatos por separado. Por ahora, resultado inconcluso.

Apagó la grabadora. Había cosas que no se atrevía a decir ni a una máquina.

La junta quería aplicaciones: comunicaciones que nadie pudiera interceptar, información que viajara sin cables. Para Eissa, en otro tiempo, aquello había parecido una manera aceptable de financiar una búsqueda distinta. Ahora la diferencia empezaba a incomodarlo.

Abrió las carpetas de los sujetos 6 y 16. Mían y Lume eran hermanos y acababan de llegar. En sus entrevistas habían descrito una relación estrecha, recuerdos compartidos y una disposición a colaborar que podía facilitar el nuevo ensayo.

Trazó dos círculos sobre un papel. Los unió con una línea. Cuando levantó la vista, el cielo detrás de la ventana había empezado a aclararse.

Caminó hasta el laboratorio con la hoja en la mano.

El doctor Novum estaba acomodando cables. Llevaba una camisa blanca sin una arruga y había recortado su barba con un cuidado que a Eissa siempre le había parecido una forma de resistencia contra el desorden del mundo.

—¿Otra noche sin dormir?

—Creo que podemos simplificar el experimento.

Eissa dibujó en el pizarrón dos habitaciones alejadas entre sí. Cada participante dormiría en un tanque de flotación, sin luz y con estímulos externos reducidos. Registrarían actividad cerebral,

ritmo cardíaco y movimientos oculares. Habían acordado una señal de ojos para que los participantes intentaran comunicar su lucidez.

—La señal nos indicaría que recuerdan la tarea —dijo—. Después intentarían encontrarse en un lugar conocido de la isla.

—Y si dicen haberse visto, ¿qué podremos concluir?

—Que sus relatos merecen ser comparados.

Novum lo miró.

—Anoche le dijiste a la junta que íbamos a demostrar una nueva forma de comunicación.

Eissa dejó la tiza.

—La junta escucha mejor cuando uno omite las dudas.

—Eso no hace que desaparezcan.

Eissa volvió a tomar la tiza, más despacio. Mencionó investigaciones sobre sueños que había estado leyendo, posibilidades que aún eran discutidas. Se imaginaba transmitir algo más que palabras: un lugar, una imagen, una experiencia completa. La idea le iluminaba la cara.

Novum esperó a que terminara.

—¿Y Ajuel?

—Está descansando.

—No te pregunté dónde está.

Eissa apretó la tiza hasta partirla.

—Todavía no puedo hablar de eso.

Durante unos segundos solo se oyó el zumbido del equipo. Al final, Novum aceptó preparar los instrumentos. Dejó anotado que se trataba de un ensayo exploratorio y que cualquier interpretación necesitaría repetirse con controles más rigurosos.

◦ ◦ ◦

En otra cabaña, Lume abrió la ventana y respiró el olor de la vegetación mojada.

—Nos pagan por dormir cerca del mar —dijo—. Confiesa que pudo habernos tocado un trabajo peor.

Mian, un año mayor que ella, dobló una camisa y la guardó en la maleta.

—Nos pagan por participar en un experimento. Lo de dormir bien aún está por verse.

Lume tenía dieciocho años, el pelo rizado y una curiosidad que solía adelantarse a sus precauciones. Mian había aprendido a fingir que era el sensato de los dos. Ambos habían aceptado por el dinero y por la posibilidad de salir de casa juntos. No querían que los científicos confundieran eso con falta de interés.

—Quiero ir al arrecife —dijo ella—. Lo vi desde la lancha.

—Primero escucha lo que van a hacernos.

Llamaron a la puerta. Novum les explicó que pasarían la noche en laboratorios distintos. Lume tendría que trasladarse con él al otro extremo de la isla. Eissa les daría las instrucciones completas antes de empezar.

—¿Podemos detenerlo si no nos sentimos bien? —preguntó Mian.

—En cualquier momento.

Novum lo dijo sin vacilar. Más tarde recordaría la facilidad con que había pronunciado aquella promesa.

Antes de salir, Lume guardó en su bolsillo una fotografía pequeña. Era de una perra que había tenido de niña. Mian la reconoció y sonrió.

—Colita vendría feliz a la playa.

Lume tocó la fotografía a través de la tela.

—Ella vendría feliz a cualquier lugar al que fuéramos nosotros.

Theta · Experimentación



A las cuatro y veinte de la madrugada del 7 de marzo, Eissa anotó la hora en el registro. Mian dormía dentro del tanque. A treinta y tres millas por carretera, Novum observaba a Lume en una habitación preparada de la misma manera.

Los hermanos habían tenido varios despertares durante la noche. En cada uno habían recordado la tarea, repetido las instrucciones y vuelto a dormirse. El punto de encuentro era un árbol grande junto a la playa de las rocas. Ambos lo habían visitado antes de separarse.

Eissa comprobó los electrodos y siguió con el dedo la línea de una lectura. Había aprendido a reconocer la tentación de encontrar en una gráfica lo que deseaba ver. Aquella noche debía recordárselo a cada momento.

A las cuatro y veintitrés aparecieron los movimientos acordados.

En el otro laboratorio, Novum vio una secuencia semejante. Acercó su cuaderno y marcó la hora. No había una voz en el receptor que les permitiera intercambiar impresiones; habían mantenido incomunicados los registros hasta el final del ensayo.

Durante unos minutos, nada más ocurrió.

Entonces el pulso de Mian se aceleró. Sus manos golpearon el borde interior del tanque. Eissa encendió una luz tenue, abrió la tapa y lo llamó por su nombre. El muchacho se incorporó con una sacudida, buscando algo frente a su cara.

—Estás en el laboratorio. Estás conmigo.

Mian se aferró a su brazo. Quiso hablar y tuvo que esperar a recuperar el aliento.

En el otro extremo de la isla, Lume despertó poco después. Novum la envolvió en una toalla. Ella miraba la puerta como si alguien hubiera llegado antes que ella.

Los científicos dejaron que los hermanos descansaran y después tomaron sus relatos por separado.

◦ ◦ ◦

Lume sostuvo una taza entre ambas manos.

—Recuerdo una carretera de noche. Al principio no sabía que estaba soñando. Llegué a una casa que se parecía a la de mis padres, pero las ventanas estaban en lugares distintos.

Novum encendió la grabadora.

—¿Qué ocurrió después?

—Fui al baño. Me miré en el espejo y no tenía ojos.

La taza tembló. Lume la dejó sobre la mesa.

—No era que los tuviera cerrados. Había un espacio vacío. Ahí recordé el tanque. Pensé: esto es un sueño.

Había intentado repetir la señal ocular y dirigirse a la playa. La carretera cambiaba de longitud. Quería avanzar y el cuerpo se le quedaba atrás. Cuando conseguía relajarse, se movía con mayor facilidad.

—Un perro empezó a seguirme. Gruñía. Después apareció otro, blanco y mucho más grande. El primero se apartó. Sentí que el blanco estaba cuidándome.

Novum anotó sus palabras sin interrumpirla.

—Luego volví a estar en la casa. Vi a Colita.

Tuvo que explicar quién era. La perra había muerto años atrás. Mian había encontrado el cuerpo junto a una carretera; Lume no había querido verlo y después se había arrepentido de no haberse despedido.

—En el sueño estaba viva. Corrí hacia ella. Pero le salía algo negro de los ojos y de la boca. Quise limpiárselo y no pude tocarla.

Al levantar la vista había visto a Mian, al otro lado de un espacio húmedo. No supo decir si era un corredor o una habitación. Olía a madera vieja y al agua de una piscina cerrada.

—Él también estaba asustado. Lo llamé. Cuando intenté acercarme, desapareció.

Lume había regresado al árbol de la playa. Lo recordaba con una precisión extraña: una raíz descubierta, una rama rota, las piedras oscuras. Sin embargo, no había logrado alcanzarlo.

—Me desperté cuando estaba por llegar.

Novum le preguntó si había llevado algún recuerdo de Colita a la isla. Ella sacó la fotografía. El doctor la observó un instante y se la devolvió.

No le dijo qué pensaba.

◦ ◦ ◦

Mian tardó más en empezar. Eissa respetó su silencio hasta que el muchacho dejó de mirar el tanque.

—Soñé con el mar. Había un canal entre dos paredes de coral. Me metí por un túnel y seguí bajando. Vi un templo, una pirámide en el fondo.

—¿Cuándo recordaste el experimento?

—Cuando me di cuenta de que podía respirar ahí dentro.

Había intentado buscar la superficie, pero los túneles se multiplicaban. Nadaba deprisa, sin cansarse, aunque cada salida lo devolvía al mismo sitio. Finalmente apareció en un lugar húmedo y lleno de niebla.

—Allí estaba Lume. No sé cómo explicarlo. La veía, pero también sabía dónde estaba sin mirarla.

Eissa mantuvo el lápiz inmóvil.

—¿Se hablaron?

—No alcancé. Vi un carro. Iba a atropellar a Colita.

En su recuerdo de la infancia, él siempre llegaba después del golpe. En el sueño lo había visto venir y había tenido la oportunidad de impedirlo. Había corrido con todas sus fuerzas. El carro, sin embargo, parecía no moverse y la distancia seguía creciendo.

Cuando llegó hasta la perra, de sus ojos y su boca salía un líquido oscuro.

—Entonces desperté.

Eissa esperó antes de preguntar si había reconocido otro detalle del lugar. Mian describió olor a madera vieja, una humedad espesa y paredes que no recordaba haber visto nunca.

El doctor escribió cada palabra. Tenía ganas de correr hacia el teléfono y supo que debía quedarse sentado.

—¿Mi hermana está bien? —preguntó Mian.

—En cuanto terminemos podrás verla.

—¿Y lo que vimos? ¿Eso también era parte de lo que usted esperaba?

Eissa miró el nombre de Colita en sus notas.

—Esperábamos que recordaran la tarea. Lo demás tenemos que entenderlo.

Mian se secó la cara con una toalla, aunque ya no tenía agua sobre la piel.

—Ustedes nos dijeron que íbamos a encontrarnos en una playa.

Eissa no buscó una explicación tranquilizadora. Le ofreció acompañarlo de regreso y dejó apagada la grabadora.

Al salir del laboratorio, Mian se detuvo en la puerta. El sol aún no aparecía, pero una línea naranja empezaba a separar el mar del cielo.

—Cuando uno sabe que sueña —dijo—, ¿por qué siguen doliendo las cosas?

Eissa guardó el cuaderno bajo el brazo.

—Eso también me gustaría saberlo.

Alfa · Prana



El camino de regreso bordeaba el mar. Mian viajaba con la ventana abierta y cerraba los ojos cada vez que el aire le golpeaba la cara. Eissa encendió la radio, encontró una canción y bajó el volumen.

—¿Podemos tener el día libre? —preguntó el muchacho—. Mi hermana quería ir a la playa.

—Claro. Necesitamos revisar las notas. Y ustedes necesitan descansar.

Mian volvió la cabeza.

—En el sueño había unos túneles. ¿Hay algo así en esta isla?

Eissa reconoció en su descripción el Blue Channel. Le contó que había explorado aquel canal mucho antes de dirigir los experimentos. Las paredes de coral dejaban pasar franjas de luz, y desde la superficie podían verse algunas entradas a las cavidades del arrecife.

—Les señalaré el lugar en un mapa. Pueden disfrutarlo sin meterse en los túneles.

Mian lo miró con una sonrisa cansada.

—¿Todo lo que soñamos estará en algún lugar de aquí?

—También traemos cosas de casa. A veces sabemos más de un lugar de lo que recordamos haber visto.

Eissa oyó la prudencia de su propia respuesta y se preguntó por qué le resultaba tan difícil usarla cuando hablaba con la junta.

Al llegar al campamento, detuvo el vehículo antes de la bifurcación que llevaba al muelle.

—Hay una cosa más. No se acerquen a la cabaña trece. Ajuel está haciendo un retiro y nos pidió tranquilidad.

—¿Es el sujeto del que hablan sin querer hablar?

Eissa apoyó las manos sobre el volante.

—Ha vivido una experiencia intensa. Le debemos tiempo.

Mian miró la cabaña más alejada. Se levantaba sobre pilotes, casi enteramente rodeada de agua. Un camino de tablas la unía con tierra firme.

—¿Él también puede detener el experimento cuando quiera?

—Sí —respondió Eissa.

Esta vez añadió una condición dirigida a sí mismo:

—Y tendremos que escucharlo cuando lo haga.

◦ ◦ ◦

En la cabaña trece, Ajuel permanecía sentado con las piernas cruzadas. Tenía el cabello rubio hasta los hombros y vestía de blanco. Su guitarra descansaba junto a una pared. Había empezado un retiro de silencio después del último experimento y llevaba un cuaderno con siete líneas: una por cada día que pensaba dedicarse a observar lo que había vivido.

Solo había marcado la primera.

Al inspirar sentía aún una luminosidad detrás del pecho. Al espirar le regresaban las calles del pueblo, personas que había visto llegar al campamento para vender fruta, un niño descalzo que observaba desde el muelle las cajas de provisiones. Pensaba en la abundancia del laboratorio: café, comida, aparatos, médicos. Le costaba aceptar que aquella abundancia terminara en la cerca.

Había pasado tres semanas con los científicos. Al principio se sentía orgulloso de dormir conectado a los equipos, de reconocer los momentos en que empezaba a soñar, de poder repetir una experiencia que otros consideraban imposible. Después había dejado de interesarle impresionar a nadie.

En el último ensayo creyó encontrar algo mucho más grande que una habilidad.

Ahora se preguntaba para qué servía conservar aquella certeza encerrado en una cabaña.

El agua golpeó suavemente uno de los pilotes. Ajuel abrió los ojos. No tenía ninguna expresión en el rostro, pero sus manos se habían cerrado con fuerza sobre las rodillas.

◦ ◦ ◦

Niyela llevaba horas revisando su tesis cuando entraron los doctores. Había dibujado un bosque en el margen de una hoja: troncos, ramas y raíces conectadas bajo tierra. Le ayudaba a imaginar la actividad de las neuronas, aunque sabía que una comparación hermosa podía esconder una explicación incompleta.

Tenía veinticuatro años y estaba terminando su formación clínica. Había aceptado la plaza para estudiar el sueño y también por algo que nunca había incluido en una solicitud: desde adolescente había tenido experiencias que no sabía describir sin que los demás se preocuparan por ella.

En el escritorio dispuso varios registros.

—Si van a comparar a los hermanos, primero quiero que cada uno firme su relato —dijo—. Que no lo completen después con lo que escuchen del otro.

Novum asintió. Eissa dejó sus notas boca abajo.

Mientras esperaban, Niyela les mostró la parte de la tesis que intentaba volver comprensible para un lector sin formación especializada. Hablaba de ritmos medidos en hercios: delta, theta,

alfa, beta, gamma. Explicó que las bandas describían aspectos de una actividad compleja y que una persona no se reducía a una cifra del aparato.

—Nos ayudan a observar —dijo—. No nos dicen qué está soñando alguien.

Eissa se detuvo ante una hoja donde había anotado la palabra «epsilon».

—¿De dónde sacaste esto?

—De su cuaderno.

Novum dejó de ordenar las cintas.

Niyela vio el cambio en los dos hombres. Había pensado que se trataba de una etiqueta nueva para una lectura anómala. Ahora comprendió que el término guardaba algo más.

—En los registros del sujeto treinta y seis hay interrupciones —continuó—. Algunas podrían ser fallas del equipo. ¿Por qué no lo han revisado conmigo?

—Porque aún estamos intentando ponernos de acuerdo en lo que pasó —respondió Novum.

—Entonces empecemos por admitir eso.

Eissa observó el bosque dibujado en el papel.

En uno de sus retiros le habían hablado del prana como de una energía vital presente en todo lo que vivía. Había visto hombres usar aquella idea para respirar con más atención y también para atribuirse poderes que nadie les había pedido demostrar. Durante años había querido encontrar el lugar exacto en que la experiencia y la explicación se tocaban.

Ahora tenía dos relatos sobre una perra muerta, un compañero que evitaba mirarlo y un joven en una cabaña esperando saber qué hacer con una revelación.

Por primera vez, la palabra «investigación» le pareció demasiado pequeña para contener todo aquello.

Beta · Blue Channel



Novum encontró a Mian esperando frente al laboratorio. El muchacho no se había cambiado todavía y llevaba la toalla doblada bajo el brazo.

—¿Qué le pasó a Ajuel?

—No puedo hablarte de otro participante.

—Puede decirme si está bien.

Novum tardó un instante en contestar.

—Está descansando.

Mian reconoció la respuesta de Eissa. Las mismas palabras, una inquietud distinta.

Lume salió de su cabaña y lo llamó. Al verse, los hermanos se quedaron quietos. Ella tenía preguntas preparadas, pero bastó que él dijera el nombre de Colita para que todas se desordenaran.

—¿También viste lo negro? —preguntó Lume.

Mian asintió. Se sentaron en las gradas y compararon los recuerdos con una cautela que no habían necesitado nunca al hablarse. Algunas cosas coincidían; otras no. Él había visto un carro. Ella, dos perros distintos antes de encontrar a Colita. Habían estado cerca sin conseguir tocarse.

—Tal vez soñamos con ella porque la extrañamos —dijo Mian.

—La extraño desde hace años. Nunca había soñado esto.

Lume volvió a guardar la fotografía. Después tomó las máscaras de snorkel y una bolsa con comida.

Necesitaban salir del campamento antes de que alguien regresara con otra explicación.

◦ ◦ ◦

En el laboratorio, Novum leyó los dos relatos y se quitó los anteojos.

—Una pesadilla compartida. Eso es lo que conseguimos.

—Es una coincidencia muy particular.

—Que también podría explicarse por su historia. Son hermanos. Trajeron la misma pérdida a la misma habitación antes de separarse.

Eissa caminó hasta la ventana.

—Se describieron el uno al otro.

—Y no llegaron al punto acordado. No sabemos qué parte recordaron antes de escuchar nuestra pregunta.

A Eissa lo irritaba que Novum tuviera razón de una forma tan poco estimulante. Tomó su cajetilla y salió al muelle.

Niyela lo encontró fumando. Se apoyó junto a él y le pidió un cigarrillo.

—¿En qué piensa?

—En que sería fácil empujarte al agua.

Hizo un gesto hacia sus hombros, a medio camino entre la broma y el impulso. Niyela se apartó apenas.

—Prefiero decidir cuándo me meto.

Eissa bajó las manos. Ella sonrió, pero sostuvo la mirada hasta que él entendió.

—Tienes razón. Disculpa.

El mar se movía con fuerza. Eissa se quitó la camisa y entró desde la escalerilla. Se quedó cerca del muelle. Una ola le golpeó la cara y lo hizo reír. Niyela lo observó sin aceptar la invitación.

—No te alejes. Necesitamos un director vivo para revisar estas notas.

Él levantó una mano. Por debajo de la superficie pasó una raya águila. Eissa vio el movimiento de sus aletas, la facilidad con que encontraba una dirección sin resistirse al agua. Al volver al laboratorio llevaba una idea más sencilla.

Separarían las preguntas.

Primero intentarían reconocer objetos escondidos, con un registro sellado antes de iniciar el ensayo. Después probarían la transmisión de una secuencia breve. Un resultado llamativo no bastaría para demostrar nada, pero permitiría decidir qué investigar a continuación.

Niyela redactó el segundo protocolo corrigiendo los nombres cada vez que Eissa los cambiaba de lugar: Mian sería el sujeto 6; Lume, el 16. En el ensayo de comunicación participarían Mian y el propio Eissa, en habitaciones diferentes. Ella supervisaría el registro del doctor y Novum el del muchacho.

—Solo cuando hayan descansado y acepten —añadió Niyela.

Eissa lo escribió al principio de la hoja.

◦ ◦ ◦

Los hermanos llegaron al Blue Channel en una motocicleta prestada. Comieron bajo una sombra y Mian sacó una fotografía de Lume intentando abrir una fruta con los dedos. Ella le arrojó una cáscara. Por un momento volvieron a sentirse lejos de cualquier experimento.

Entraron al mar con sus máscaras. La arena descendía hacia unas praderas donde tres tortugas se alimentaban sin prisa. A una

de las mayores la acompañaban peces que se desplazaban bajo su caparazón como pasajeros acostumbrados al camino.

Mian señaló una y Lume se llevó las manos al pecho. Se quedaron observando hasta que las tortugas se alejaron por voluntad propia.

Más adelante, las paredes de coral estrechaban el agua. Entre ellas se abría el canal. Una franja de sol atravesaba los bordes superiores y se rompía en cientos de manchas sobre la arena.

Mian dejó de nadar.

Había visto aquel recodo. Lo reconoció antes de distinguir la entrada oscura de un túnel. La forma de la roca coincidía con algo de su sueño, pero al buscar la pirámide solo encontró una profundidad que no podía medir.

Lume lo tomó de la muñeca. Él señaló la abertura. Ella comprendió y luego negó con la cabeza.

Subieron.

—No tenemos que comprobarlo entrando —dijo Lume al quitarse la máscara.

Mian sintió una vergüenza pequeña: había querido demostrarle que no tenía miedo. Volvió a mirar hacia abajo y decidió recordar el lugar desde allí.

Siguieron por la parte abierta del canal. Vieron peces de un azul casi negro, otros que se volvían amarillos al cambiar de dirección y una barracuda inmóvil que parecía estar observándolos desde el borde de la luz. Lume mantuvo la distancia. Después aparecieron tres rayas grandes y el miedo perdió importancia ante aquel desplazamiento silencioso.

Las siguieron un tramo corto, cuidando de no interponerse. Al volver a la superficie, el sol ya estaba bajo.

Flotaron juntos, cada uno pendiente del otro.

—En el sueño no podíamos alcanzarnos —dijo Lume.

Mian movió la mano hasta encontrar la suya.

En la playa se quedaron un rato sin ponerse los zapatos. Él pensó en contarles a los doctores lo del recodo. Ella le pidió que esperara.

—Primero quiero saber cómo nos sentimos nosotros. Después veremos qué significa para ellos.

◦ ◦ ◦

Al regreso aceptaron escuchar el nuevo protocolo, pero no realizarlo aquella noche. Novum les explicó que podían negarse sin perder la paga del día. Mian pareció sorprendido de que la promesa se mantuviera cuando empezó a usarla.

—Mañana decidimos —dijo.

Eissa les mostró una tarjeta con cuatro espacios vacíos. Para el futuro ensayo sacaría cuatro cifras al azar y las memorizaría antes de entrar al tanque. El sobre con la secuencia quedaría en poder de Niyela.

Lume tomó la tarjeta.

—¿Y si no logramos transmitir nada?

—Lo anotaremos —respondió Niyela.

Fue la primera respuesta del campamento que le produjo un alivio completo.

Gamma · Fuego



El 8 de marzo, a las cinco y media, el agua empezó a hervir en la cabaña nueve. Eissa la vertió sobre el café y observó cómo la espuma oscura subía entre los granos. Acercó el encendedor al cigarrillo. Durante unos segundos hubo un punto rojo suspendido entre sus dedos.

Abrió un libro de yoga por la página de la postura del muerto. Había subrayado el nombre, savasana, y añadido una nota antigua: «Descansar sin huir».

Le pareció la instrucción más difícil del libro.

Debajo encontró unas hojas de Uliel, un hombre que había conocido años atrás en una isla apartada de las rutas habituales. Su escrito se llamaba Misterios de las profundidades. Uliel comparaba el desconocimiento del océano con el de la mente y se preguntaba qué describiría un animal si pudiera hablar de los humanos.

Seres de apariencia extraña que llegaban desde arriba. Criaturas capaces de capturar, encerrar y estudiar a otras sin que estas comprendieran por qué.

Eissa dejó el papel sobre la mesa. Recordó los tanques alineados en el laboratorio.

En otra página Uliel preguntaba si los seres encontrados en sueños vivían en alguna parte o si nacían durante el encuentro. Eissa había discutido con él esa idea hasta que las lámparas de la

isla se apagaron. Uliel no pretendía tener una respuesta para todo. Se detenía con facilidad en el borde de lo que ignoraba. Eissa había admirado esa calma y después había intentado imitarla, saltándose la parte de la ignorancia.

Al salir vio la primera franja dorada del amanecer. La playa estaba vacía.

Entró al laboratorio y encontró a Novum frente a las cintas del sujeto 36.

—A veces siento que alguien nos observa —dijo Eissa.

Novum no levantó la cabeza.

—La junta nos observa bastante.

—No hablo de ellos. Hablo de esto. De estar aquí. Como si alguien pudiera estar soñándonos.

Su compañero apagó el aparato.

—¿Has dormido?

Eissa sabía lo que venía después. Le preguntaría si había tomado alguna sustancia, si estaba confundiendo una experiencia con una explicación. La irritación le subió al pecho y se quedó allí. Novum estaba cansado de sostener preguntas que él evitaba.

—Poco —admitió—. Necesito hablar de aquella noche.

El doctor acomodó dos sillas.

Durante la primera semana, Ajuel había mostrado una facilidad excepcional para reconocer que estaba soñando. Podía despertar, recordar una instrucción y volver a dormir con ella. En la segunda semana había aprendido a describir las sensaciones previas sin inventarles una causa. Novum lo había encontrado cuidadoso, incluso más que algunos investigadores.

La tercera semana habían querido acelerar los resultados.

—Fue idea mía —dijo Eissa.

—Y yo preparé el equipo.

Novum abrió la carpeta. El consentimiento de Ajuel estaba allí, firmado. Habían explicado los efectos que esperaban observar.

Ninguno había previsto que los observadores terminarían describiendo el mismo lugar que el participante.

—Una firma no hace que hayamos sabido lo que estábamos haciendo —añadió Novum.

Eissa miró el reloj. Eran las seis y diez. La luz del exterior se extendía sobre el escritorio y empezaba a tocar los pies de las sillas.

Hablaron de la sustancia, de la tormenta y de una lectura que habían llamado epsilon porque no sabían qué otra palabra usar. Eissa intentó llegar hasta el momento de la luz.

Novum lo interrumpió.

—No puedo.

—Tú también estabas ahí.

—Lo sé.

Se puso de pie y abrió la puerta. Afuera respiró con dificultad. No parecía un hombre que negara una historia; parecía alguien que necesitaba que la historia fuera falsa.

Niyela había escuchado el final de la conversación. Lo vio alejarse sin seguirlo. Después entró y dejó su cuaderno frente a Eissa.

—Yo estuve de guardia cuando empezó la tormenta. Vi apagarse las luces de las cabañas. Al llegar al laboratorio ustedes estaban en el suelo.

Eissa recordó a la muchacha inclinada sobre él, llamándolo por su nombre.

—Quiero escuchar lo que recuerdas —dijo ella—. Y quiero que me dejes preguntar.

Eissa acercó la silla que Novum había dejado vacía.

Por primera vez desde aquella noche, estuvo dispuesto a contar todo sin convertir el relato en una conclusión.

Epsilon · Océano



Eissa escribió tres letras en una hoja: DMT.

—Dimetiltriptamina —dijo—. Habíamos leído estudios sobre sus efectos y relatos que la relacionaban con experiencias místicas. Yo quería saber si podíamos observar una conexión entre esas experiencias y la lucidez.

Niyela miró la hoja.

—¿Y lo que decías sobre los sueños y la muerte?

—Hipótesis. Algunas de ellas las repetí con demasiada seguridad.

Le habló de una preparación derivada de una planta mesoamericana, la mimosa conocida como tepezcohuite. Habían tratado de registrar los cambios de Ajuel durante la experiencia. Las asociaciones entre moléculas, espíritu y conciencia los habían atraído más de lo que estaban dispuestos a admitir.

—Ajuel aceptó. Creía que encontraríamos algo importante. Yo también.

◦ ◦ ◦

La noche del 5 de marzo, el sujeto 36 se había acostado dentro del tanque. Novum ajustó los contactos. Eissa comprobó las marcas del registro y dejó encendida una lámpara junto a la grabadora.

Al principio, Ajuel describió colores. Después dejó de hablar.

Las líneas empezaron a oscilar de una manera que ninguno reconoció. Hubo un tramo plano y luego una actividad tan irregular que Novum golpeó el costado del aparato, convencido de que fallaba un contacto. Eissa anotó varias cifras y las tachó. Al volver la vista al registro vio una sucesión que parecía estabilizarse alrededor de setenta y siete.

Un viento entró por debajo de la puerta.

Las cortinas se levantaron. La lámpara parpadeó y una tormenta se descargó sobre el campamento sin que hubieran escuchado antes la lluvia. Ajuel se sacudió dentro del tanque. Novum abrió la tapa; Eissa cortó la alimentación de los instrumentos. Lo ayudaron a salir y lo tendieron sobre una colchoneta.

Durante un instante creyeron que había dejado de respirar. Entonces el muchacho abrió los ojos y se incorporó con una tranquilidad desconcertante.

La tormenta cesó.

Detrás de la ventana apareció una esfera de luz. Eissa buscó el reflejo de alguna lámpara y no lo encontró. La esfera atravesó el vidrio sin romperlo y se extendió hasta adquirir una forma casi humana.

Novum dejó caer una toalla.

No hubo un rostro que pudieran recordar después. Solo la impresión de estar ante alguien que los reconocía.

—¿Quién eres? —preguntó Eissa.

La respuesta no llegó por el oído.

«Soy tú. Soy ustedes».

Ajuel empezó a llorar. Novum retrocedió hasta tocar la pared.

«¿Quieren ver dónde vivimos?»

Eissa recordó la pregunta, y el deseo inmediato de responder. Recordó también que no había preguntado quién estaba incluido en aquel plural.

Después el laboratorio desapareció.

◦ ◦ ◦

Viajaron por un espacio que parecía un túnel hecho de movimiento. Podían llamarlo agua porque sentían su resistencia, pero también podían llamarlo aire. Las formas se abrían delante de ellos y se cerraban a sus espaldas. Había colores que más tarde serían incapaces de distinguir unos de otros al intentar describirlos.

Eissa quiso tocar a Novum. Antes de extender la mano supo dónde estaba.

Llegaron a una amplitud luminosa poblada por cientos de seres. Las figuras se desplazaban en todas direcciones y emitían una vibración semejante a un canto. A medida que cantaban aparecían entre ellas pequeñas construcciones de luz: objetos que se plegaban, se abrían y pasaban de unas manos a otras.

Uno de los seres dejó una figura frente a Ajuel. Era algo parecido a una flor, aunque seguía cambiando. El muchacho la miró sin atreverse a recibirla.

—Son ángeles —dijo, o pensó.

Una alegría le respondió desde todas partes. Eissa sintió que se reían con ternura de una confusión muy antigua.

«Mírense».

No tenían manos como las que recordaban. Su cuerpo era una forma luminosa y los otros podían atravesar sus bordes sin herirlos. Novum lo intentó negar. Eissa percibió su miedo y, junto a él, una felicidad que ninguno supo ordenar.

Empezaron a crear.

Bastaba una intención para que una figura apareciera entre ellos, pero la forma cambiaba al encontrar la intención del otro. Eissa hizo algo parecido a una ola. Novum la convirtió en una espiral. Ajuel añadió una vibración que la volvió transparente.

Por un tiempo no existió otra ocupación.

Los minutos se alargaron hasta parecer horas. Después dejaron de necesitar esas medidas. Olvidaron sus nombres, el lugar del que habían venido, la urgencia de cualquier experimento. Eissa tuvo la impresión de que habían pasado siglos; al intentar recordarlo, aquella duración se extendía todavía más.

La primera grieta fue un olor.

Café. Una taza olvidada junto a una grabadora.

Eissa recordó que tenía un cuerpo que podía enfriarse y unos pulmones que necesitaban aire. La memoria le produjo una punzada de tristeza. No quería abandonar aquel lugar y tampoco quería que su cuerpo quedara solo en la habitación.

La luz aumentó hasta borrar las figuras.

Despertó sobre el suelo del laboratorio. Novum estaba a su lado. Ajuel permanecía sentado con las piernas cruzadas. Niyela se arrodillaba frente a ellos y les preguntaba qué había ocurrido.

La cinta seguía girando.

◦ ◦ ◦

—Solo Ajuel había recibido la sustancia —dijo Eissa—. Novum y yo estábamos observando.

Niyela miró la puerta, como si esperara que su compañero regresara a corregir algo.

—¿Cuánto tiempo había pasado aquí?

—Minutos. No las vidas enteras que creemos recordar.

—¿Compararon los relatos antes de hablar entre ustedes?

Eissa negó. Fue un movimiento pequeño y difícil.

—Entonces tenemos una experiencia importante y un registro incompleto —dijo ella.

Él esperaba incredulidad. Aquella precisión le produjo un alivio inesperado.

Ajuel había pedido retirarse siete días a la cabaña del agua. Novum había insistido en suspender el informe. Eissa había escrito «inconcluso», incapaz de hacer caber bajo esa palabra lo que sentía.

—Yo quiero conocer ese lugar —dijo Niyela al fin.

Se le había llenado un ojo de lágrimas. Eissa reconoció el deseo con tanta claridad que estuvo a punto de prometerle que la llevaría. Se contuvo.

Ella tomó aire y empezó a contar algo que nunca había incluido en su tesis.

Años atrás, al quedarse dormida, había sentido que su cama se volvía agua. Se había deslizado hacia el piso sin caer y después había flotado en una oscuridad inmensa. A la distancia brillaba un punto azul.

Al acercarse descubrió una cascada. No podía distinguir su comienzo ni su final. El agua se abrió como un telón y del otro lado oyó una orquesta de cuerdas. Solo cuando entró comprendió que los instrumentos eran voces.

—Cantaban sin palabras. Yo entendía algo, pero al despertar no supe recordarlo.

Descendió sobre una superficie blanca y líquida. El piso empezó a levantarse en cubos que se definieron hasta formar casas. Aparecieron puertas, calles, fuentes. De las casas salieron personas. Había árboles, animales y templos bajo los que algunos permanecían sentados.

Todo parecía hecho de una claridad que podía tocarse.

—Me dije que si seguía allí iba a olvidar mi vida. Desperté a propósito. Todavía lo recuerdo mejor que muchas cosas que sí me han pasado despierta.

Eissa no la interrumpió. Niyela le habló también de una sesión de relajación durante la que había sentido corrientes en manos y pies. Las corrientes se habían extendido hasta borrar el contorno del cuerpo. Durante un instante se había sentido sola en un mar de electricidad.

Había pasado años preguntándose si debía buscar una explicación o aprender a vivir sin ella.

—Estudí porque no quería que cualquiera decidiera por mí lo que me había ocurrido —dijo.

Eissa vio a la mujer que tenía delante con una atención nueva. No era únicamente alguien dispuesto a creerle. Había llegado hasta aquel laboratorio con preguntas propias.

—Yo hice lo mismo —respondió—. Aunque últimamente se me olvida.

Se quedaron un momento en silencio. Él le ofreció un pañuelo y ella se rio antes de secarse la cara. Cuando se abrazaron, Eissa sintió el peso de un cuerpo real, el roce de una manga, la respiración que no tenía que interpretar.

La puerta se abrió de golpe.

Novum estaba pálido.

—No está —dijo—. Ajuel se fue.

Sujeto 36 · Noche



La cabaña trece conservaba el orden de alguien que pensaba regresar. Sobre la mesa había un vaso, un plato sin usar y un cuaderno abierto. Las pertenencias de Ajuel seguían en su sitio. Faltaba la guitarra.

Novum recorrió el muelle dos veces, llamándolo. Eissa miró las siete líneas del cuaderno. La primera estaba marcada; debajo, con una letra más pequeña, Ajuel había escrito: «¿Para qué volver si uno no lleva nada a los demás?».

Llamaron a Niyela y a los hermanos. Salieron hacia el pueblo en la camioneta.

—Si le pasa algo, la junta nos cierra el proyecto —dijo Novum.

—Primero encontremos a Ajuel —respondió Niyela.

Eissa condujo en silencio. Había dejado de saber qué parte de su calma era confianza y cuál era una manera de no mirar lo que temía.

En la plaza, una vendedora de fruta reconoció la descripción. Había visto a un joven rubio, vestido de blanco, que tocaba la guitarra y hablaba del amor.

—Decían que era Jesús. Se le juntó bastante gente. Después ya no supe.

En un restaurante les contaron que había entrado asustado, buscando ayuda. Le habían ofrecido comida y una llamada. Cuando regresaron con el plato, el joven ya se había ido.

Siguieron las indicaciones de unos y otros hasta que se hizo de noche. Nadie lo había visto volver al campamento.

Al regresar, Eissa intentó tranquilizarlos con la comparación de siempre.

—Explorar la conciencia es como explorar el océano. Uno de los nuestros está en altamar.

Lume lo miró desde el asiento trasero.

—Entonces necesitamos encontrarlo, doctor.

Él mantuvo la vista sobre el camino.

Buscaron durante los días siguientes. Preguntaron en los muelles, en las casas de huéspedes y en otros pueblos de la isla. Finalmente una conocida de Novum llamó desde la estación de policía.

Ajuel estaba vivo. Lo habían detenido dos noches antes.

Los cargos incluían un intento de robo, entrada en propiedades ajenas y escándalo en la vía pública. Novum tuvo que pedir que se los repitieran.

La celda olía a humedad y basura vieja. En un espacio demasiado pequeño había hombres sentados, acostados o de pie junto a los barrote. Eissa buscó el cabello rubio y no lo encontró. Solo cuando un muchacho se levantó al fondo reconoció su cara. Tenía el pelo mal cortado y una camisa que no era suya.

Ajuel sonrió y enseguida apartó los ojos.

—Pensé que iban a tardar más.

Eissa acercó una mano a los barrote. Ajuel la tomó con tanta fuerza que el doctor sintió vergüenza de haber imaginado, durante

la búsqueda, un hombre tranquilo que sabía exactamente lo que hacía.

Aquella tarde comenzó a contarles lo ocurrido.

○ ○ ○

En la cabaña del agua, Ajuel había sentido que el silencio ya no le servía. La luz del experimento seguía viva en su recuerdo, pero cada vez que cerraba los ojos veía también a las personas que pasaban hambre cerca del campamento.

Recordó el relato de los panes y los peces. Quiso hacer algo semejante. Saldría con su ropa blanca y su guitarra, sin dinero, y regresaría con comida para otros.

Una voz le pareció responder desde dentro.

«Tú eres mi hijo amado».

Le preguntó si creía. Ajuel contestó que sí.

«¿Tanto como para dar tu vida?»

Aquella pregunta le produjo miedo. También le pareció una prueba de que lo vivido tenía importancia. Aceptó antes de preguntarse por qué el amor necesitaría que demostrara algo muriendo.

Salió antes del amanecer. Caminó por la playa, convencido de que la misma voz le indicaba los cruces. Al llegar al pueblo empezó a hablar con quienes abrían sus negocios.

—¿Crees en los milagros? ¿Qué milagro te gustaría ver?

Algunos se reían. Otros lo escuchaban por cortesía y luego seguían trabajando. Él les hablaba de comida para el hambriento, agua para quien tuviera sed y libertad para los presos. Las palabras le salían con una seguridad que no reconocía como propia.

Al fin un niño se detuvo.

Ajuel se agachó hasta quedar a su altura.

—¿Y tú? ¿Crees?

El niño se encogió de hombros.

—¿Qué hay que hacer?

Ajuel le pidió una semilla de confianza, cualquier cosa que quisiera compartir. El pequeño buscó en su bolsillo y le dio una goma de mascar envuelta en papel. Después llegó una mujer y le dejó unas monedas. Con ellas Ajuel compró pan.

El niño lo siguió hasta la panadería. Cuando salieron, Ajuel le ofreció la primera pieza.

Alguien que había escuchado la conversación le dio más dinero. Otro comerciante añadió una bolsa con pan del día anterior. Una mujer trajo agua. En poco tiempo tenía tanta comida que necesitó pedir una canasta.

—El que tenga hambre, acérquese —llamó.

El niño empezó a repartir con él.

Ajuel sintió una alegría desmesurada. Había salido sin nada y ahora sus brazos no alcanzaban para sostener lo que otros entregaban. Pensó que comprendía el milagro: quizá la multitud de aquel relato antiguo también había tenido comida y solo necesitaba ver a alguien compartirla primero.

La idea le pareció tan clara que quiso llevarla a todas partes.

Recibió ropa y un par de zapatos, que entregó a un hombre que los necesitaba. Después fue a la iglesia. No lo dejaron entrar descalzo. Trató de explicar lo que estaba pasando; quien vigilaba la puerta lo oyó como se oye a alguien que retrasa una tarea.

Ajuel se marchó irritado y triste. En las calles empezó a invitar a las personas a reunirse en el parque. Quería cantar, agradecer, recordarles que había suficiente si dejaban de temer que compartirlos volviera más pobres.

La pequeña multitud creció alrededor de la guitarra. Al principio le gustó. Vio rostros atentos y sintió que las palabras encontraban su sitio. Habló de una conciencia que los unía, de Dios, de la paz. Quiso explicar la luz sin usar ninguna de las palabras del laboratorio.

Alguien lo llamó Cristo.

Ajuel se rio, incómodo. Intentó decir que cualquiera podía repartir el pan. Otra persona quiso tocarle el cabello. Una mujer tomó su mano y la llevó hasta la frente de un niño. Desde atrás siguieron empujando para acercarse.

El aire empezó a faltarle.

—Escuchen lo que digo. No tienen que adorarme.

Pero cada intento de retirarse aumentaba la insistencia. Le sujetaron la ropa. Ajuel soltó la guitarra en su estuche, logró recogerla de nuevo y salió corriendo.

Se escondió en el restaurante donde después lo buscarían los doctores. Le ofrecieron sentarse atrás. Antes de aceptar la llamada, vio entrar a dos personas que lo reconocieron. Desde el corredor escuchó que más gente preguntaba por él.

Encontró una camisa de trabajo y se la puso. Salió por otra puerta con la guitarra pegada al cuerpo. Cruzó la calle, llamó a una casa y pidió unas tijeras. Una mujer lo dejó pasar al patio y le cortó el cabello mientras él miraba hacia la calle.

—¿De quién te escondes?

Ajuel no supo responder.

Cambió la ropa blanca por otras prendas que le regalaron y tomó un bus hacia un segundo pueblo. Pasó la noche en una habitación pequeña. Al despertar vio su pelo sobre el cuello de la camisa y lloró con un cansancio que no había sentido durante los experimentos.

Había querido llevar luz al mundo. Ahora solo quería volver a su cabaña.

Tardó el día entero en reunir dinero suficiente para un taxi. No conocía a nadie que pudiera prestarle un teléfono; varias personas lo ayudaron al escuchar fragmentos de la historia. Cuando al fin dio la dirección del campamento ya era de noche.

El conductor lo observaba por el espejo. En una parte solitaria del camino detuvo el vehículo y le pidió todo el dinero que llevara.

Ajuel creyó haber entendido mal. Después vio la mano del hombre cerrarse sobre su camisa y se arrojó fuera del taxi, dejando la guitarra atrás.

Corrió hacia las primeras casas. El conductor lo siguió gritando que era un ladrón.

Los vecinos salieron sin conocer la primera parte de la historia. Ajuel intentó explicar y recibió un empujón. Otro hombre apareció con un palo. Una piedra golpeó la pared junto a su cabeza.

Entró en un patio, saltó sobre una pila de objetos y alcanzó un techo bajo. Desde allí vio que la calle se llenaba de personas. Había antorchas, voces que pedían quemarlo, rostros vueltos hacia arriba. Le pareció reconocer, entre algunos, la misma expresión de los que habían querido tocarlo en el parque.

Avanzó por los techos, con los pies heridos. Cada vez que se detenía escuchaba más cerca los golpes.

La voz regresó.

«¿Crees en mí?»

Ajuel respondió que sí, casi sin aliento.

«Ponte donde puedan verte».

Se levantó en el borde de un techo. La multitud gritó. Por un instante pensó que debía quedarse allí y aceptar lo que viniera. Entonces oyó a alguien correr detrás y se arrojó hacia un costado.

Cayó en una zanja estrecha entre dos construcciones. El golpe le vació el pecho. Se arrastró hasta un rincón, se cubrió la cabeza y escuchó los pasos pasar por encima de él. Cayeron piedras. Ninguna le dio directamente.

Cuando vio unas linternas y escuchó la patrulla, salió con las manos levantadas.

La policía lo golpeó en el abdomen antes de meterlo en el vehículo. Desde la ventanilla alcanzó a ver a la multitud seguir la patrulla con antorchas. El conductor del taxi llegó a la estación poco después. Dijo que Ajuel lo había intentado robar.

El muchacho pidió llamar al campamento. No pudo recordar el número. Le retiraron sus pertenencias y lo condujeron a la celda.

◦ ◦ ◦

Al terminar el relato, Ajuel mantenía la mano sobre los barrotes.

—Yo escuchaba que me iba a guiar —dijo—. Después ya no sabía si seguía oyéndola o si solo tenía demasiado miedo.

Eissa vio las heridas de sus pies. Quiso decirle que todo tenía un propósito. Las palabras llegaron hasta la boca y se quedaron allí.

—Vamos a buscarte un abogado —respondió.

Novum asintió. Niyela, que había conseguido permiso para entrar, pidió que revisaran sus golpes.

Ajuel dejó escapar una respiración larga. Ninguno le pidió en ese momento que explicara el cielo.

Eissa · Día



La primera noche en la celda, Ajuel había dormido con la cara escondida entre los brazos. Esperaba que alguien lo atacara. Cuando abrió los ojos encontró a un hombre ofreciéndole parte de su comida.

Le preguntaron de dónde venía. Él contó lo del taxi y después escuchó. Algunos hablaban de sus familias; otros de una discusión o de un expediente que llevaba días esperando una firma. No tenía manera de saber qué parte de cada relato era cierta. Le sorprendió no haber necesitado esa certeza para agradecerles el lugar que le hacían sobre el piso.

Uno de ellos avisó a un conocido que trabajaba en el pueblo. Por esa cadena llegó la llamada hasta Novum.

Antes de que la ayuda apareciera, Ajuel les propuso limpiar. Sacaron bolsas de desperdicios y pidieron agua a un policía. El cuarto siguió siendo pequeño, pero pudieron acomodarse mejor. Después se quedaron de pie en un círculo, con las manos sobre los hombros, y rezaron hasta que les ordenaron callar.

—¿Quiénes creen que van a salir? —preguntó Ajuel más tarde.

Varios levantaron la mano. Él prometió que serían libres pronto. Al recordar la promesa, delante de los doctores, sintió vergüenza.

Aquella noche le había servido para animarlos. No sabía si tenía derecho a presentarla como algo que podía garantizar.

La madrugada siguiente llevaron a un hombre alto que insultaba y amenazaba a todos. Se quitó la camisa y golpeó los barrotes. Ajuel sintió el miedo de los techos regresar al estómago.

Se puso de pie. Los demás se levantaron con él.

El nuevo prisionero los miró buscando a quién enfrentar. Ajuel, sin saber bien por qué, apoyó las manos en el suelo e hizo una parada breve, un movimiento de su práctica de yoga que le resultaba más conocido que cualquier pelea. Al volver a ponerse de pie oyó una risa nerviosa detrás de sí. La tensión se había quebrado apenas.

Se acercó lo suficiente para hablar sin gritar.

—Aquí nadie te está haciendo nada. Necesitamos que nos respetes.

El hombre volvió a amenazar, pero su voz perdió fuerza. Luego se dejó caer junto a la puerta y empezó a llorar. Quería que llamaran a su madre. Ajuel se sentó a cierta distancia y permaneció allí hasta que se calmó.

No supo si aquello también debía llamarse milagro. Le bastó que nadie hubiera terminado herido.

◦ ◦ ◦

El abogado que contrataron los científicos se llamaba Salvatierra. Escuchó a Ajuel, pidió los registros y buscó al conductor. El hombre que lo acusaba no se presentó cuando le correspondía sostener su versión. La confusión de identidades y la falta de elementos para mantener aquella acusación empezaron a deshacerse.

Al salir de la audiencia, Ajuel tuvo que detenerse en las gradas. El sol le dolía en los ojos. Eissa lo abrazó sin hacer preguntas.

Otros detenidos recuperaron la libertad aquel día. Hubo quienes permanecieron dentro. Ajuel quiso explicar la diferencia y no encontró una respuesta que le pareciera honesta. Antes de marcharse pidió al abogado que revisara, si podía, las situaciones de aquellos que seguían esperando.

Salvatierra le dio su tarjeta a Novum.

—Guárdenla. A veces es mejor llamar antes de que la explicación se vuelva demasiado complicada.

Volvieron al campamento con Ajuel dormido en el asiento trasero. Niyela había vendado sus pies. Lume sostenía una botella de agua y Mian miraba pasar el paisaje sin reconocer en él la isla de las vacaciones pagadas.

En el laboratorio encendieron una lámpara y cerraron las puertas para hablar. Eissa estaba buscando la carpeta de Ajuel cuando sonó el teléfono.

Novum respondió. Al escuchar el nombre de Arok cubrió el receptor con una mano.

—Es para ti.

Eissa conocía aquella voz de las reuniones de la junta. Arok tenía la costumbre de reducir los problemas a dos opciones, ambas expresadas como si hubieran existido siempre.

Esta vez no fue diferente.

—Tienes un participante detenido y ningún resultado que podamos utilizar. Tu equipo ha convertido una investigación en un escándalo.

Eissa empezó a explicar, pero Arok lo interrumpió.

Podía abandonar el cargo. El proyecto se suspendería y no se publicaría su trabajo. O podía dejar por escrito que Novum y el sujeto 36 habían tomado decisiones fuera de sus instrucciones. En ese caso conservaría el laboratorio, recibiría más recursos y tendría nuevos participantes.

—No volverás a preguntar por ellos —añadió Arok—. Hay otras instalaciones donde podemos manejar mejor estas situaciones.

Eissa miró a Novum. Su compañero había oído lo suficiente para comprender y fingía ordenar unos papeles.

—Ajuel no es un material que puedan trasladar sin explicaciones.

—Tienes unas horas. No las desperdicies.

La llamada terminó.

Eissa dejó el receptor en su sitio con un cuidado absurdo. Después reunió a los demás.

—Nos vamos.

Les contó el ultimátum completo. No intentó ahorrarles la parte que lo hacía quedar como un hombre que había aceptado trabajar para gente que ahora los amenazaba.

Mian preguntó si podían denunciarlo. Niyela respondió que debían conservar los registros. Novum habló de las embarcaciones de la junta y de lo fácil que sería impedirles salir cuando llegara el siguiente suministro.

Eissa recordó una isla blanca, fuentes entre los árboles y a Uliel esperando mientras él intentaba aprender a quedarse quieto.

—Conozco un lugar donde podemos descansar y decidir qué hacer.

—¿Otro laboratorio? —preguntó Lume.

—No. Una comunidad que visité hace años. Se llama Ateulan.

Acordaron partir antes del siguiente relevo. Cada uno preparó una bolsa. Niyela separó las fichas de consentimiento y sus notas; Novum eligió cintas y documentos; Eissa tomó su cuaderno personal. Destruyeron las copias de trabajo que exponían a otros participantes y dejaron fuera del equipaje todo lo que no podían cargar con seguridad.

Niyela hizo escribir a cada uno lo que había escuchado por teléfono. Fecharon y firmaron los relatos. Una copia quedó dentro de un sobre dirigido a Salvatierra, entregado a una persona del pueblo que les había ayudado durante la búsqueda. Las demás viajaron con ellos.

Antes de salir, Mian se detuvo frente al tanque de su primer sueño.

—¿Ya somos un resultado inconcluso?

Eissa lo oyó desde la puerta.

—Somos responsables de lo que hagamos ahora.

◦ ◦ ◦

La embarcación del campamento tenía combustible y provisiones para varios días. Novum había trabajado en el mar antes de estudiar medicina y revisó el motor, la radio y los chalecos. Rechazó parte del equipaje y pidió que repartieran el peso.

Eissa extendió sobre una mesa un mapa del Atlántico. Marcó el rumbo hacia un sector al norte de las Antillas y al oeste de las rutas que se acercaban a las Bermudas. Las coordenadas no señalaban Ateulan con exactitud. En su primera visita había llegado por indicación de otro viajero y recordaba que el último tramo se reconocía por una formación de rocas.

—¿Nos llevas a una isla que no sabes ubicar? —preguntó Novum.

—Sé llegar hasta sus costas.

—Eso no es lo mismo.

Eissa dobló el mapa, sin responder de inmediato.

—Si encontramos una opción más segura en el camino, la tomaremos.

Lume estaba escuchando. Más tarde le recordaría aquellas palabras.

Se alejaron del muelle con el cielo todavía claro. Ajuel miró la cabaña trece hasta que dejó de distinguirla de las otras. No llevaba su guitarra. El taxista se la había quedado, y la pérdida le dolía de un modo sencillo que por fin podía nombrar.

Niyela se sentó a su lado.

Ninguno sabía si regresaría a aquella isla. Por primera vez desde el experimento, todos entendían que no deseaban lo mismo, aunque hubieran elegido subir al mismo barco.

Novum · Yin y yang



La primera tormenta los alcanzó al terminar el día. El viento cambió antes de que Novum pudiera encontrar un rumbo que les permitiera recibir mejor las olas. Eissa se había quedado dormido después de una noche casi en blanco.

Lume lo despertó cuando el agua empezó a entrar.

—Necesitamos que te levantes.

Eissa salió a cubierta. Durante un instante no reconoció el mar que conocía: las paredes de agua borraban el horizonte y la embarcación parecía detenida dentro de algo que se cerraba sobre ellos.

Novum gritó una instrucción. Mian y Ajuel aseguraron unas cajas. Niyela ayudó a Lume con una escotilla.

Eissa quiso tranquilizarlos. Empezó a decir que confiaran, que todavía podían llegar. Una ola le llenó la boca antes de que terminara.

Se sujetó, cerró los ojos y llevó las manos al pecho. Después extendió los brazos con lentitud, recordando un movimiento aprendido en Ateulan. Lo repitió hasta que logró acompasar su respiración. Al levantar la cabeza vio una abertura en las nubes.

La tormenta perdió fuerza de manera tan abrupta que todos se quedaron mirando.

—¿Qué hiciste? —preguntó Ajuel.

Eissa observó sus propias manos. Quiso responder que había calmado el mar. La frase le resultó tan atractiva que le produjo miedo.

—Conseguí calmarme —dijo al fin—. Lo demás no lo sé.

Novum mantuvo el timón firme. No tenía interés en discutir quién había apartado las nubes mientras el agua siguiera entrando por una tabla.

Durante los días siguientes repararon lo que pudieron y racionaron las provisiones. El mar volvió a estar tranquilo, pero las referencias del mapa parecían no acercarse. Novum pasó una tarde junto a la radio. Eissa lo vio apuntar unas cifras en un papel y guardarlas en el bolsillo.

Cuando preguntó si había noticias, su compañero negó con la cabeza.

Aquel silencio quedó entre ellos, pequeño todavía.

◦ ◦ ◦

La noche del ataque, Niyela estaba sentada cerca de la borda. Había dejado que dos dedos tocaran el agua. Las estrellas se reflejaban sobre una superficie casi inmóvil.

Sintió el primer golpe a través de la madera.

Novum levantó la cabeza. Todos escucharon el segundo. La embarcación se inclinó y algo oscuro pasó junto a una ventana.

Un tentáculo apareció sobre la borda.

No hubo tiempo para comprender el tamaño de lo que tenían debajo. Otra extremidad se cerró sobre la cubierta, y luego otra. La madera crujió. Mian cayó contra un banco. Lume lo levantó antes de que el agua le cubriera las piernas.

Novum repartió los chalecos que habían dejado a mano. Eissa gritó que se apartaran del motor. Niyela alcanzó el brazo de Ajuel justo cuando la estructura cedió entre ellos y los otros.

El mar los recibió en medio de una oscuridad llena de ruido.

Eissa salió y volvió a hundirse. Al recuperar la superficie oyó a Lume llamar a su hermano. Nadó hacia ellos. Novum apareció agarrado a una tabla y les gritó que se mantuvieran juntos.

La criatura se había ido. Bajo las olas quedaban objetos que reconocían y no podían rescatar.

Niyela y Ajuel no respondieron.

Los cuatro se sujetaron a los restos, buscaron en la oscuridad y llamaron hasta quedarse roncós. Al amanecer, la herida de Mian había manchado de sangre una parte de su pantalón. No parecía grave, pero le dolía mover la pierna.

Lume miró a Eissa esperando una frase. Él no encontró ninguna que no le resultara ofensiva.

Al fin distinguieron una franja de arena entre unas rocas.

◦ ◦ ◦

Llegaron arrastrándose. Novum abrió el pequeño estuche de emergencia que había conservado sujeto a la cintura. Las cerillas seguían secas; el vendaje, no. Secaron una tira de tela junto al fuego y revisaron la pierna de Mian.

Eissa y Lume caminaron hacia el interior buscando agua. Encontraron palmeras y un arroyo entre las piedras. Él intentó hablar de lo afortunados que habían sido.

Lume se detuvo.

—Mi hermano está herido. Dos personas no aparecen. Yo no había aceptado esto.

Eissa bajó la vista.

—Lo sé.

—Entonces no me digas que todo está bien.

Él abrió la boca y la comparación con el océano estuvo a punto de salir una vez más.

—Y tampoco me repitas lo del mar —añadió ella—. Ya lo entendí.

Eissa se quedó quieto mientras Lume llenaba un recipiente. Después la ayudó con los cocos. Regresaron sin hablar.

Comieron lo poco que había y prepararon lanzas de madera. Eissa consiguió atrapar una anguila en una zona de rocas. Al verla, Mian la llamó serpiente; Novum corrigió el nombre y la limpió junto al fuego.

La comida alivió durante unos minutos el cansancio. Al terminar, Eissa quiso apartarse hacia el agua. Novum lo detuvo por el brazo.

—Esta noche nadie se mete solo.

Eissa miró el mar. La bioluminiscencia había empezado a encenderse otra vez. Le pareció insoportable que pudiera seguir siendo hermoso después de lo ocurrido.

Se sentó junto a los otros.

◦ ◦ ◦

Niyela había pasado la noche aferrada a la tapa de una caja de provisiones. Ajuel alcanzó la misma tabla poco después de caer al agua. Durante horas, aquella madera húmeda fue todo lo que pudieron conservar del barco.

El joven estaba a su lado. Cada vez que una ola los separaba, volvían a llamarse.

Al salir el sol distinguieron una costa distinta, más abrupta, con un camino que ascendía entre los árboles. Un hombre de baja estatura, con la cabeza afeitada, los esperaba al pie de unas gradas.

—Soy Uliel —dijo—. Pueden descansar aquí.

Niyela quiso saber si había visto a los demás.

—Hay cuatro personas más. Estábamos todos en el mismo barco.

Uliel hizo una seña y dos habitantes salieron hacia la costa. Alguien le acercó a Niyela una tela seca. Ajuel se dejó caer sobre una piedra, con los ojos fijos en el camino.

Había fuentes y canales entre los árboles. Desde abajo se veían algunos tejados y el ángulo de una construcción de piedra blanca. El lugar parecía haber estado allí desde mucho antes de que alguien pensara en llegar.

—Bienvenidos a Ateulan —dijo Uliel.

Niyela sintió alegría y rabia al mismo tiempo.

—Algo destruyó nuestro barco.

—El Leviatán guarda estas costas.

Uliel lo dijo con naturalidad. Ella tardó en comprender.

—Casi nos mata.

El hombre dejó de sonreír. Miró sus manos lastimadas y el trozo de madera que todavía sostenía.

—Primero vamos a buscar a sus amigos —respondió.

◦ ◦ ◦

Unas horas más tarde aparecieron dos personas en la playa del otro lado. Llevaban agua, telas y una camilla ligera para Mian. Eissa reconoció el modo en que saludaban y se puso de pie demasiado deprisa.

Los guiaron por un camino que rodeaba la isla. Novum llevaba el estuche médico; Lume caminaba junto a la camilla sin perder de vista a su hermano. Encontraron a Niyela y a Ajuel en un patio donde el agua corría bajo unas losas claras.

Eissa abrazó a Niyela. Ella lo sostuvo un momento y después se apartó para revisar a Mian.

Lume se sentó junto a Ajuel. Ninguno tuvo que decirle al otro que había tenido miedo.

Desde el patio podían verse estatuas de formas humanas mezcladas con peces, tortugas y rayas. Algunas tenían escamas en las manos; otras, aletas extendidas a la espalda. El detalle de los ojos les producía la impresión de que podían moverse cuando dejaran de mirarlas.

Uliel les explicó que la comunidad tomaba sus decisiones en consejo y procuraba producir lo que necesitaba. Habló de sus huertos, sus talleres y el cuidado de las fuentes. No parecía tener prisa por mostrarles nada.

—Yo estuve aquí —dijo Eissa—. Pero no recuerdo estas construcciones.

—Conociste la casa de huéspedes y sus alrededores. Hay otras partes de Ateulan.

Novum miró un canal que se perdía bajo un arco.

—¿Por qué estamos vivos si la criatura estaba protegiéndolos de nosotros?

Uliel lo escuchó sin ofrecer una respuesta inmediata.

—Esa es una pregunta que deben llevar consigo cuando entren.

Por primera vez, Novum tuvo la impresión de que no estaba siendo invitado a creer, sino a continuar preguntando.

Pax · Sabiduría



En el templo de purificación había un mural que mostraba el océano desde la superficie hasta una profundidad imposible. Los peces pequeños se agrupaban junto a la luz. Más abajo aparecían ballenas, formas desconocidas y una pirámide rodeada de figuras humanas.

Mian señaló una entrada entre dos rocas.

—Se parece al sueño.

Lume se acercó para mirar sin tocar la piedra.

Sobre el umbral había una inscripción: «Unus sensus, oceanus». Uliel les ofreció una traducción libre: una conciencia, un océano. Después señaló tres puertas.

—Pueden entrar o volver al patio. Nadie va a empujarlos.

Niyela miró al hombre antes de aceptar. Todavía recordaba al Leviatán.

Eissa y Novum atravesaron la primera puerta. Descendieron por unas gradas iluminadas con antorchas. A cada lado había relieves de seres con rasgos marinos. Al final encontraron una plataforma de mármol rodeada de agua.

Una mujer los esperaba junto a una fuente. Su piel tenía tonos verdes y violetas que cambiaban con la luz; las pupilas ocupaban

casi enteramente sus ojos. Les ofreció agua en dos cuencos y después señaló una cortina que caía sobre la plataforma.

Eissa entró primero. El frío le cortó por un instante el pensamiento. Al salir le dieron una vestidura blanca. Novum recibió una negra.

—Yin y yang —dijo la mujer—. Ninguno puede mirar entero desde un solo lugar.

Novum sostuvo la tela entre los dedos.

—¿Por eso uno tiene que ser la oscuridad del otro?

Ella sonrió.

—También puedes ser su descanso.

En la segunda puerta, Niyela y Ajuel descendieron por un canal de agua. El recorrido era rápido, pero el cauce los sostenía como una mano. Llegaron a una piscina oscura. Al encenderse las antorchas vieron instrucciones pintadas sobre el techo: un cuerpo entraba en el agua y aparecía al otro lado de un túnel, envuelto en luz.

Niyela retrocedió ante la entrada sumergida.

Una mujer apareció junto a la piscina y les ofreció pasar por un camino de piedra que rodeaba el túnel. Ajuel empezó a acercarse al agua. Ella le pidió que esperara.

—Quiero ver la salida primero.

La mujer asintió. Desde el borde siguiente pudieron distinguir la longitud del paso, sus aberturas y el resplandor al final. Ajuel tomó la mano de Niyela. Entraron cuando ambos estuvieron listos.

Mian y Lume atravesaron la tercera puerta. Una voz les habló en la oscuridad y pidió que se tomaran de la mano. Lume preguntó quién estaba allí. La voz dio un nombre que ella no logró retener y esperó a que aceptaran seguirla.

Los condujo hasta una estancia con paredes de cristal. Del otro lado se extendía un mundo submarino. Vieron pasar una figura humana a gran velocidad y una pirámide en el fondo. Mian olvidó por un instante la herida de la pierna y se acercó demasiado al vidrio.

Después caminaron entre dos fuentes, una tibia y otra fría. El agua les dejó sobre la piel una sensación que no supieron comparar con la del mar.

Las tres rutas terminaron en un salón circular.

◦ ◦ ◦

En una plataforma dorada estaba sentado un hombre de edad imposible de reconocer. Permanecía con los ojos cerrados y la boca inmóvil. La voz se formó en la mente de cada visitante.

«Mi nombre es Piscibus».

Alrededor se encendieron figuras que no parecían pintadas. Un planeta se volvió nube, luego roca, luego agua. Aparecieron criaturas diminutas y después una sucesión de cuerpos que cambiaban durante períodos que ninguno podía imaginar.

Piscibus dijo tener cuatrocientos treinta millones de años. Su maestro más antiguo, Solis, contaba su existencia desde hacía cuatro mil quinientos millones. Habló de conciencias que habían vivido en otros mundos, de Venus, Neptuno, lugares con cielos diferentes y formas que habrían resultado irreconocibles para un humano.

Novum intentó ordenar las fechas. Al hacerlo, una sensación semejante a la risa pasó por el salón.

«Les contamos una memoria. No les pedimos que la confundan con una medición».

Las visiones mostraron a viajeros que aprendían a cambiar de forma y a conservar recuerdos fuera de un solo cuerpo. Ateulan

era una costa física y también un umbral. Algunas de sus construcciones podían verse desde un camino; otras solo aparecían cuando quien las buscaba conseguía entrar en relación con ellas.

Eissa reconoció el lugar que había visitado años atrás y comprendió por qué su recuerdo no contenía las mismas dimensiones.

Piscibus habló de respiración, atención y prana. Dijo que los nombres eran distintos entre los pueblos, aunque muchos habían intentado describir algo semejante: la relación entre la vida individual y aquello que la rodeaba.

Las figuras de luz creaban formas entre sí, tal como en el experimento de Ajuel.

—Fueron ustedes —dijo el joven.

«Enviamos un mensajero. Los habíamos visto buscar».

La tormenta del laboratorio también había sido parte del encuentro. Los habían visitado en sueños, a Eissa de niño, a Niyela antes de que llegara a estudiar con ellos. Las imágenes pasaban a través de sus recuerdos y cada uno las reconocía de una manera distinta.

Eissa sintió de nuevo la sombra del patio. Quiso preguntar si aquella voz aterradora había sido también una visita. Piscibus no respondió antes de que él terminara de formularlo.

«No todo lo que aparece cuando se abre una puerta viene de este lado».

Novum levantó la cabeza.

—¿Pueden entrar en cualquiera?

«Podemos acercarnos. El encuentro necesita que alguien reciba. Si forzamos esa relación, dejamos daño».

Piscibus mostró a los habitantes de Ateulan aprendiendo a mover materia, a comunicarse y a viajar sin un cuerpo semejante al suyo. También mostró intentos que no habían salido como esperaban. La habilidad no borraba el error.

La comunidad había sobrevivido oculta mientras veía formarse y caer civilizaciones. Había enviado mensajeros; algunos fueron ignorados, otros perseguidos. Con el tiempo, proteger el conocimiento se había vuelto una ocupación tan importante como cultivarlo.

Lume escuchó la explicación y pensó en la cerca del laboratorio.

—¿Y por eso hunden barcos?

Las visiones se detuvieron.

La respuesta tardó.

«El Leviatán guarda un límite antiguo. No es una máquina a la que podamos ordenarle cada movimiento. Ustedes llegaron durante una alteración de ese límite».

—No sabíamos que existía —dijo Niyela.

Piscibus abrió los ojos. Su voz, por primera vez, salió también de su boca.

—Lo sé.

Les habló entonces de las puertas. Afirmó que una resistencia intensa al paso podía romper el vínculo que sostenía el encuentro y que, en ciertas condiciones, quien insistiera podría no volver con vida.

Niyela se puso de pie.

—Eso se explica antes de entrar.

Eissa quiso tocarle el brazo y se detuvo. Ella mantuvo la mirada en el maestro.

—Agradezco que nos hayan ayudado. No significa que puedan decidir todo por nosotros.

Piscibus bajó la cabeza. Alrededor del salón las imágenes perdieron intensidad.

—Nuestra costumbre ha sido esperar a que quien llega esté preparado para escuchar. A veces llamamos preparación a que otros acepten lo que ya decidimos.

Novum levantó la vista hacia él.

Ninguno había esperado escuchar a un hombre de millones de años reconocer algo tan reciente.

◦ ◦ ◦

Al salir encontraron a Uliel en la puerta del templo. No sabían si habían estado horas en el salón o unos minutos. Mian miró su reloj y luego lo guardó sin tratar de usarlo como una respuesta.

Uliel los llevó a Intermisium, el templo del descanso. Había camas amplias, telas suaves y pequeños canales. En algunas cámaras, el agua tibia sostenía cuerpos inmóviles. Uno de los habitantes descansaba completamente sumergido.

Niyela preguntó cómo respiraba.

—Dentro de ciertas cámaras, el umbral sostiene otra relación con el cuerpo —explicó Uliel—. Fuera de ellas necesitan aire como siempre. No intenten trasladar las reglas de un lugar al otro.

Eissa observó al hombre bajo el agua. Había pasado demasiado tiempo creyendo que reconocer una sensación era comprender todo lo que la producía.

Durmieron.

No hubo revelaciones durante las primeras horas, solo el agotamiento de los cuerpos. Lume despertó una vez para comprobar que Mian estaba en la cama cercana. Niyela cambió el vendaje del muchacho y volvió a acostarse. Eissa escuchó correr el agua hasta que dejó de intentar darle un significado.



El templo de la sabiduría se levantaba en una pequeña isla dentro de un lago. Tres anillos de piedra rodeaban una pirámide blanca. Al entrar, el sonido de sus pasos se mezcló con el de unas fuentes que parecían iluminar el agua desde dentro.

Pax los recibió sentado en el borde de una piscina. Les pidió que se acercaran y que mantuvieran los ojos abiertos si lo preferían.

Habló de una práctica de observación que algunos conocían como vipassana. En Ateulan, dijo, habían aprendido de muchas tradiciones humanas y también les habían devuelto interpretaciones propias. No pretendían que todas fueran equivalentes.

—Antes de buscar lo que hay en la mente de otro, conviene aprender a reconocer lo que sucede en la de uno.

Ajuel miró la superficie de la piscina.

Pax les pidió observar una respiración sin cambiarla. Después otra. El ejercicio le pareció a Eissa demasiado pequeño para el lugar donde estaban. Al cabo de unos minutos descubrió que apenas había podido seguir dos respiraciones sin adelantarse a la siguiente.

El maestro les habló del tiempo en los sueños, de los recuerdos y de la facilidad con que una imagen podía recibir una autoridad que no tenía por sí sola.

—Podrán encontrar una voz y sentirla más verdadera que todo lo conocido —dijo—. Aun así tendrán que decidir qué hacer con lo que les pida.

Ajuel se removió en su sitio.

Más adelante les propuso un encuentro en el sueño. Lo relacionó con prácticas de lucidez y con enseñanzas sobre el tránsito y la muerte que algunos llamaban bardo. Su uso en

Ateulan formaba parte de una tradición propia; aprender sus nombres no bastaba para dominarla.

—Cuando reconozcan que están soñando, observen antes de intentar gobernar. Después busquen este templo. Yo los esperaré donde podamos encontrarnos.

—¿Y si no llegamos? —preguntó Mian.

Pax sonrió.

—Dormirán. También les hace falta.

Volvieron a Intermisium por el camino del lago. Eissa caminaba junto a Niyela, sin saber si pedirle que le contara otra vez la cascada o hablarle de algo tan sencillo como el café que extrañaba.

Ella miró las camas al entrar.

—Mañana tenemos que decidir cuánto queremos quedarnos.

Eissa asintió. La posibilidad de elegir le produjo un temor más difícil de admitir que el de cualquier criatura del océano.

El umbral



La tarde siguiente Niyela encontró a Eissa frente a una cámara de agua. Dentro, un habitante de Ateulan descansaba sumergido. El doctor lo observaba como había observado años atrás las primeras gráficas del sueño.

—¿Quieres entrar? —preguntó ella.

—Quiero entender cómo funciona.

—No es la misma pregunta.

Eissa sonrió, cansado de reconocer en otras personas distinciones que él había aprendido a saltarse.

Niyela llevaba seis piezas pequeñas de piedra. Las había pedido para preparar un ejercicio con Pax. Propuso repetir, de otra manera, la tarea que no llegaron a hacer en el laboratorio. Uno elegiría una secuencia y otro intentaría recibirla durante el sueño. Escribirían por separado lo ocurrido.

—¿También aquí necesitas un protocolo? —preguntó Eissa.

—Aquí lo necesito más.

No pretendía convertir un encuentro en una prueba definitiva. Quería conservar la diferencia entre lo vivido y lo que después contarían de ello. Eissa aceptó.

Esa noche cada uno se acostó con una intención. Mian y Lume intentarían encontrarse en el templo. Ajuel observaría antes de seguir cualquier voz. Novum había dicho que solo quería dormir, pero dejó un cuaderno abierto junto a la cama.

Niyela eligió cuatro cifras: cuatro, ocho, dos, siete. Las anotó en un papel y lo dobló. A Eissa le pidió que buscara su rostro si llegaba a reconocer el sueño. Luego apagaron las lámparas.

◦ ◦ ◦

Mian soñó con el Blue Channel. Esta vez conocía la tentación de correr hacia el túnel y esperó en la parte donde todavía podía ver la superficie. Al poco tiempo apareció su hermana.

Lume llevaba en la mano la fotografía de Colita. El papel estaba mojado; la imagen se había corrido durante el naufragio y el rostro de la perra era apenas una mancha.

—No sé si estoy soñando —dijo ella.

Mian la señaló. Estaban debajo del agua y habían podido hablar.

Subieron juntos hacia un corredor de piedra húmeda. Reconocieron el olor a madera y piscina cerrada. Al fondo estaba Colita.

El líquido negro volvió a aparecer. Lume dio un paso atrás. Mian quiso adelantarse para limpiar a la perra, para evitar otra vez el golpe del carro. Entonces el corredor cambió y se volvió la carretera de su infancia.

Vio al animal junto al borde. Vio también al muchacho que había sido, parado sin saber a quién pedir ayuda.

Lume encontró su mano.

No consiguieron modificar el recuerdo. Colita no se levantó para volver con ellos. El lugar les devolvió lo que llevaban años intentando mirar de otra forma.

Lume se arrodilló. Recordó el peso tibio de la perra en sus piernas, el ruido de sus uñas sobre el piso de la casa y la manera en que se quedaba dormida antes de que terminara la tarde. Esos recuerdos también estaban allí.

Cuando miró de nuevo, lo negro se extendía sobre el suelo como tinta diluida. A la distancia apareció el perro blanco. No se acercó a sustituir a Colita; permaneció junto a una puerta abierta.

Los hermanos se levantaron. Mian lloraba sin la vergüenza de tener que ser el mayor.

Cruzaron hacia el templo de Pax.

◦ ◦ ◦

Ajuel oyó una voz antes de ver nada.

«Te necesitan».

La reconoció con una emoción que casi lo hizo responder. En la oscuridad aparecieron las calles del pueblo y las personas tendiendo las manos hacia él. Un niño levantaba una canasta. Detrás llegaba la multitud con las antorchas.

«¿Darías tu vida?»

Ajuel sintió el impulso de decir que sí. Le parecía que cualquier vacilación volvería falsa la comida repartida, el amor que había sentido, la alegría de la luz. Se quedó observando ese impulso como Pax les había pedido observar la respiración.

Debajo de la necesidad de ayudar encontró otra cosa: quería estar seguro de ser bueno.

La voz repitió la pregunta.

—Quiero vivir —respondió.

El ruido de la multitud cambió. Le pareció escuchar a personas que conversaban, movían una mesa y cortaban pan. Nadie lo estaba esperando para empezar a comer.

—Puedo ayudar sin que todo dependa de mí.

No hubo una aprobación que le llegara desde afuera. La voz quedó en silencio. Ajuel siguió adelante, todavía con miedo de haberse equivocado, pero capaz de caminar con él.

◦ ◦ ◦

Eissa se encontró en el patio de su casa.

La lámpara de la sala parpadeaba. A través de la ventana vio a su hermana doblando una sábana y a un niño dormido en el sofá. Supo con tanta claridad lo que iba a pasar que empezó a buscar la sombra antes de verla.

La oscuridad se movió detrás de él.

Corrió, igual que entonces. Cada pared que atravesaba lo devolvía al mismo patio. Quiso ordenar al sueño que cambiara. Levantó los brazos, llamó a los seres de luz y trató de recordar todas las palabras aprendidas en sus viajes.

La voz se rio.

Eissa sintió que lo sujetaban de la camisa. Por un momento no estuvo en el patio ni en Ateulan, sino solo dentro de aquella inmovilidad que había temido durante años.

Intentó encontrar una respiración. No consiguió saber si estaba respirando en el sueño o en la cama. Se aferró a un detalle más pequeño: el olor del jabón que usaba su hermana.

La vio de nuevo al otro lado del vidrio.

Nunca había recordado esa parte con atención. Había conservado la voz de la sombra, el golpe, la impotencia. Su hermana también estaba allí. Lo había esperado al despertar, con una mano sobre la frente.

Eissa dejó de intentar atravesar la casa.

Miró al niño en el sofá. Le costó reconocer en él a alguien que no tenía la obligación de entender lo sucedido.

—Tuviste miedo —dijo.

La sombra pareció acercarse. Eissa no supo si le pertenecía, si venía de otra parte o si estaba hecha de los nombres que había recibido durante su vida. Ya no intentó darle una identidad antes de permitirle al niño volver a moverse.

Extendió una mano hacia el sofá.

Entonces oyó a Niyela.

«Cuatro».

Una cifra clara, inesperada.

«Ocho. Dos. Siete».

Buscó su rostro. Encontró la cascada que ella había descrito, una abertura azul donde antes estaba la pared. Al otro lado, Niyela lo esperaba sin acercarse a tirar de él.

«¿Quieres venir?»

Eissa asintió.

Al cruzar miró una última vez el sofá. El niño había abierto los ojos y su hermana se inclinaba para escucharlo.

◦ ◦ ◦

En el templo estaban Mian, Lume y Ajuel. Novum llegó después, con la expresión de alguien sorprendido por una visita que no pensaba hacer. Pax permanecía junto al agua.

Ninguno sabía cómo demostrar que los demás estaban allí. La duda les pareció menos urgente que la posibilidad de escucharse.

Eissa quiso hablar de la secuencia. Pax le pidió que la guardara hasta despertar y escribirla.

Novum miraba el reflejo de sus manos.

—Si uno hace algo para salvar a los otros y se equivoca —preguntó—, ¿deja de importar por qué lo hizo?

Pax no respondió enseguida.

—Importa. Después hay que mirar lo que ocurrió.

La imagen del doctor tembló en la superficie.

Al despertar, Eissa anotó cuatro cifras. Niyela abrió su papel cuando ambos tuvieron los cuadernos sobre la mesa. Coincidían.

Ninguno gritó. Permanecieron observando las dos secuencias un rato largo.

—No hicimos un registro que pueda resolver todas las preguntas —dijo ella.

—Lo sé.

Eissa volvió a leerlas. Aquella vez la experiencia no necesitaba convertirse inmediatamente en una noticia.

Al otro lado de la sala, Novum estaba sentado con el papel de la radio entre los dedos.

Antes de que pudiera hablar, un sonido llegó desde el mar.

Era la bocina de una embarcación.

Los que llegan



Desde la terraza solo se veía una línea de niebla. Uliel había salido hacia el camino de la costa. Dos habitantes cruzaban el patio llevando cuerdas.

Novum detuvo a Eissa.

—La radio sí funcionó.

El doctor miró el papel doblado.

Había transmitido cuando empezaron a quedarse sin provisiones. Dio su posición, el rumbo que seguían y el nombre del barco. Esperó que contestara alguna estación costera. La respuesta llegó en la frecuencia de la compañía que financiaba el laboratorio.

Arok había tomado la comunicación.

—Le dije que necesitábamos ayuda. No le dije que llegáramos a Ateulan. Todavía no sabía si existía un lugar al que pudiéramos llegar.

Eissa apretó la mandíbula.

—¿Por qué lo ocultaste?

—Pensé que ibas a insistir en seguir. Estabas seguro de tantas cosas que ya no sabía cómo pedirte que cambiaras de rumbo.

Niyela se acercó. Novum siguió hablando antes de que alguien lo defendiera.

—Eso no justifica que les quitara la posibilidad de decidir.
Cuando respondió Arok debí contarle.

Lume lo escuchaba desde las gradas.

—Ustedes dos han decidido mucho por nosotros.

Ninguno discutió.

○ ○ ○

La embarcación mayor esperaba fuera de las rocas. Una lancha había entrado en el canal exterior siguiendo restos del naufragio y señales de humo que los habitantes mantenían para los barcos extraviados.

Arok bajó con dos hombres de mar y un guardia. El pantalón le quedó mojado hasta la rodilla al saltar del bote. Llevaba un maletín y una expresión que intentaba parecer alivio.

Eissa lo vio detenerse ante Uliel. El director había esperado encontrar a un grupo de investigadores asustados, no a una comunidad que lo recibía sin preguntarle quién mandaba.

—Nos alegra haberlos encontrado —dijo al acercarse.

Lume buscó con la vista a su hermano antes de contestar.

Arok explicó que habían recibido la llamada, seguido la posición y encontrado parte del barco. La corriente había llevado restos hacia un sector difícil de reconocer en los mapas. Habían buscado durante días hasta distinguir humo cerca de las rocas.

—Todos estamos bien —respondió Niyela—. Mian necesita que revisen su pierna en tierra firme. Lo demás podemos hablarlo aquí.

Arok abrió el maletín. Sacó unos documentos protegidos del agua.

Propuso un traslado inmediato, un informe conjunto y nuevas condiciones para el proyecto. Habló de equipos mejores, de recursos para verificar lo que habían observado y de la necesidad de evitar que personas sin preparación malinterpretaran sus experiencias.

Eissa reconoció aquellas frases. Había usado algunas para convencer a otros de que se quedaran un ensayo más.

—En el informe constarán también sus instrucciones sobre Ajuel y Novum —dijo.

El director guardó silencio.

—Tuviste una conversación privada bajo mucha presión.

—La pusimos por escrito cuando terminó. Hay varias copias.

Niyela confirmó que los registros de los participantes se conservarían bajo su control y que ninguno aceptaría un traslado a otra instalación sin conocer y decidir las condiciones.

Arok miró a Novum.

—Tú pediste que viniéramos.

El doctor sostuvo la mirada.

—Pedí ayuda. Necesitábamos ayuda.

La palabra quedó un momento entre ellos, libre de las condiciones que cada uno había intentado añadirle.

◦ ◦ ◦

Uliel les permitió descansar junto al muelle, pero no avanzar hacia los templos. Arok miraba las construcciones entre los árboles con un interés que le costaba disimular.

—¿Qué hacen aquí?

—Vivimos —respondió Uliel.

El hombre sonrió como si hubiera oído una evasiva.

Pidió hablar a solas con Eissa. El doctor aceptó caminar unos metros por la playa, a la vista de los otros.

—No puedes pretender que esto no importe —dijo Arok—. Un lugar así, fuera de los registros. Lo que han visto. Lo que se podría estudiar.

Eissa sintió la tentación antes de rechazarla. Se imaginó un laboratorio sin restricciones, suficientes recursos, una vida entera

para investigar lo que había empezado a comprender. El deseo seguía allí. Haberlo reconocido no lo había vuelto inocente.

—Importa —contestó—. Por eso ya no puedo ofrecerte el trabajo de otras personas como si fuera mío.

Arok lo miró con cansancio.

—¿Y ahora te vas a quedar en una isla rezando?

Eissa no respondió a la provocación. Señaló a Mian, sentado en las gradas del muelle.

—Vamos a regresar. Primero necesitamos acordar cómo hacerlo con seguridad.

◦ ◦ ◦

Mientras discutían, la marea empezó a cambiar.

Un golpe profundo se sintió a través de los pilotes. El agua del canal formó una corriente que no seguía el viento. Uliel volvió la cabeza hacia la entrada de rocas.

Lume conocía aquel silencio. Había llegado un instante antes de que aparecieran los tentáculos sobre su barco.

—Saquen la lancha de ahí —dijo.

Uno de los marineros corrió hacia el motor. Arok quiso recuperar su maletín del bote y el guardia lo siguió. Desde la embarcación mayor llegaron señales, demasiado lejos para distinguir las palabras.

Una forma oscura atravesó el canal.

El guardia sacó su arma.

Uliel levantó una mano.

—No dispare.

El primer disparo golpeó el agua.

La forma se volvió hacia el ruido.

Las manos abiertas



La corriente arrastró la lancha de costado y la estrelló contra uno de los soportes del muelle. El marinero cayó sobre el motor. Arok perdió el equilibrio y el maletín se abrió antes de hundirse.

Eissa vio hojas extenderse bajo la superficie como peces blancos.

Después apareció un tentáculo entre el bote y las rocas.

El guardia intentó disparar otra vez. Novum lo sujetó por el brazo desde el muelle. El arma cayó y el hombre retrocedió hasta sentarse sobre las tablas. Tenía una herida en la frente y el mismo desconcierto que Ajuel había mostrado al despertar del experimento.

—Vuelva hacia la playa —le dijo Novum.

Lume empezó a desenrollar una cuerda. Mian se levantó para ayudarla y la pierna le falló. Se sostuvo de un poste, apretó los dientes y buscó con los ojos una manera de ser útil desde allí.

—Pásala por ese soporte. El bajo, el que sigue entero.

Niyela se acercó al borde. El marinero se había quedado tendido dentro de la lancha. Arok estaba en el agua, agarrado a una tabla, a unos metros de él. Intentaba subirse a los restos y cada movimiento lo alejaba del muelle.

Eissa quiso llamarlo, pero el ruido aumentó hasta cubrir su voz.

Uliel permanecía junto al acceso, con los ojos cerrados. Otros habitantes llegaron con cuerdas y una camilla. El agua subió por las primeras gradas.

—¿Pueden detenerlo? —preguntó Niyela.

El hombre abrió los ojos.

—Podemos abrir un paso hacia afuera. La criatura siente una amenaza en el canal.

Eissa lo miró con rabia.

—Entonces ayúdenmos a salir.

Uliel no discutió la orden.

◦ ◦ ◦

Ajuel se ató una cuerda con ayuda de Lume. Eissa hizo lo mismo con otra. Novum comprobó los amarres y les pidió que esperaran hasta que tuvieran preparado el punto de regreso.

El joven miró al director en el agua. Había oído cómo aquel hombre se refería a él en el ultimátum, como a algo que se podía retirar de un lugar y guardar en otro. Sintió miedo de acercarse. También sintió el impulso de demostrar que estaba por encima del miedo, y reconoció en ese impulso una parte de la voz de los techos.

Lume le tomó la mano.

—Si necesitas volver, tira dos veces. No te sueltes.

Ajuel asintió. No había que probar nada más para que ella lo ayudara.

Entraron al agua por un costado, cerca de las gradas. El frío les cerró la garganta. Eissa nadó hacia Arok; Ajuel se dirigió a la lancha. Desde el muelle, Niyela siguió los movimientos de ambos, mientras Mian y Lume controlaban el avance de las cuerdas.

La forma bajo el agua parecía demasiado grande para el espacio que ocupaba. Eissa alcanzó a ver un ojo. Por un segundo, el terror de la criatura y el suyo se confundieron.

No encontró una mente a la que pudiera dar instrucciones. Encontró un cuerpo defendiendo una frontera y una cantidad de miedo que no le pertenecía por completo.

En la distancia, la abertura entre las rocas empezó a aclararse.

◦ ◦ ◦

Arok lo golpeó cuando intentó acercarse. Fue un movimiento ciego, desesperado, que casi los hundió a ambos. Eissa se apartó lo necesario para volver a mirarlo.

—Voy a ayudarte. Agárrate aquí.

El director buscó la cuerda, pero sus manos resbalaban. Eissa esperó un instante que le pareció demasiado largo. Tenía la cabeza llena de las frases de aquel hombre: el laboratorio, los resultados, las personas que podían dejar de existir.

Lo vio tragar agua.

Le acercó el extremo preparado y consiguió sujetarlo. Desde el muelle, Novum empezó a recoger la línea con otro habitante de Ateulan.

Ajuel había llegado a la lancha. El marinero respiraba, pero no lograba salir por sí solo. El joven metió un brazo bajo el suyo y pidió que lo ayudara con las piernas. Una de las tablas cedió mientras se movían.

Eissa giró al escuchar el golpe.

La corriente cambió y la cuerda que llevaba a la cintura se tensó contra una parte sumergida del muelle. Durante un instante quedó inmóvil, atrapado de costado. Intentó avanzar, luego retroceder. El agua empezó a pasarle sobre la cabeza.

No tuvo tiempo de preparar una respiración completa.



Niyela vio desaparecer a Eissa.

Buscó la línea y encontró el punto donde se había trabado. La cuerda no cedía. Lume dejó la de Ajuel en manos de uno de los habitantes y se arrodilló junto a ella.

Mian señaló la base del soporte roto.

—Pasa por debajo. Si tiran desde aquí lo van a cerrar más.

Niyela miró el arco de piedra visible al bajar la ola. El canal le recordó el dibujo del templo y las imágenes que Mian había descrito desde el primer sueño. Se obligó a observar lo que había allí, no lo que deseaba reconocer.

Vio una salida lateral.

Pidió que desplazaran la cuerda hacia la plataforma baja. Ella y Lume descendieron con otro cabo asegurado. Ajuel había conseguido mantener al marinero junto al borde del bote. Novum les gritó que ya estaban recogiendo a Arok.

Todo ocurría al mismo tiempo y ninguno podía hacerlo entero.

Niyela se quedó junto al agua, buscando el sitio donde había desaparecido Eissa. Cerró los ojos un instante. No sabía si podría encontrarlo como en el sueño. No quería perder tiempo exigiéndole a la experiencia que funcionara.

Le ofreció la única señal que habían compartido sin imponerse una interpretación.

«Cuatro. Ocho. Dos. Siete».



Debajo del muelle, Eissa volvió a estar en el patio.

El sofá estaba lejos. La sombra le sujetaba la camisa y él sabía lo que vendría después: la inmovilidad, el golpe, la pregunta por una explicación que pudiera hacerlo invulnerable.

Esta vez había una cuerda apretada en la cintura y dolor en un costado. El cuerpo no era un lugar del que pudiera salir sin consecuencias.

Quiso ordenar al agua que se apartara. Levantó una mano y la corriente la arrastró contra una tabla.

Entonces oyó las cifras.

No llegaron como una garantía. Le recordaron un rostro, una mujer que le había preguntado si quería cruzar y después había esperado. Eissa dejó de pelear contra todo el mar. Buscó el punto preciso que lo sujetaba.

La línea cambió de ángulo.

Desde arriba alguien estaba moviéndola.

Eissa giró el cuerpo hacia la abertura y encontró unos segundos de holgura. Apartó la cuerda de una astilla. Tiró dos veces, con la fuerza que le quedaba.

La respuesta llegó en la cintura.

Se dejó conducir hacia el lado que no había podido ver.

◦ ◦ ◦

Cuando salió a la plataforma, Niyela lo sostuvo por los hombros. Eissa tosió agua y aire, incapaz de distinguir una cosa de la otra. Lume lo ayudó a ponerse de costado mientras Novum se acercaba para revisarlo.

Ajuel y el marinero ya estaban fuera. El joven no había soltado la cuerda. Se quedó sentado con ella entre las manos hasta que alguien le dijo que podía aflojar.

Arok estaba a unos pasos. Tenía la cara contra las rodillas y no miraba a nadie.

El agua siguió golpeando el canal. Uliel y los demás habían abierto, entre la niebla, una franja hacia el mar exterior. La criatura

pasó bajo el arco. Eissa vio por última vez el movimiento de uno de sus brazos, el peso de una vida que ninguno habría podido sostener dentro de un tanque.

Después la corriente perdió fuerza.

La embarcación mayor se había apartado a tiempo. Desde allí bajaron un bote auxiliar cuando el canal volvió a permitirlo.

Nadie celebró.

Revisaron las heridas, acercaron mantas y dejaron que los cuerpos terminaran de comprender que estaban sobre tierra firme.

◦ ◦ ◦

Más tarde, Eissa encontró a Niyela junto a una fuente. Había lavado la sal de su cara, pero tenía las manos llenas de pequeñas raspaduras.

—Te escuché —dijo él.

Ella asintió.

—También movimos la cuerda.

Eissa soltó una risa que se convirtió en tos.

—Eso fue importante.

Niyela apoyó la frente un momento contra la suya. Él sintió el temblor de su respiración y entendió cuánto había costado verlo desaparecer.

—Tuve miedo —admitió.

Ella lo miró sin intentar devolverle una versión más admirable de sí mismo.

—Yo también.

Permanecieron allí hasta que ambos pudieron respirar sin adelantarse al siguiente instante.

Lo que devolvimos



Arok pasó la noche en la casa de huéspedes. El marinero herido recibió atención y el capitán de la embarcación mayor permaneció cerca, esperando que pudieran partir con seguridad. El guardia entregó su arma descargada y no volvió a pedirla durante la estancia.

Al amanecer, el director solicitó hablar con Eissa. Se sentaron en el patio, a la vista de los demás.

—Pude haber muerto —dijo Arok.

Eissa esperó.

—Gracias.

La palabra no borró el ultimátum. Tampoco lo hizo la dificultad con que había sido pronunciada.

—Vamos a regresar con nuestros registros —respondió Eissa—. Cada participante decidirá qué parte de su experiencia puede compartirse. El abogado recibirá las copias que faltan.

Arok miró las vendas de sus manos.

—No sabes lo que va a hacer la junta con tu carrera.

—No.

Eissa sintió la pérdida antes de que ocurriera. El laboratorio había sido su trabajo, su lugar en el mundo, la prueba que se

ofrecía cada mañana de que su vida tenía una dirección. Dejarlo no se parecía a ninguna de las liberaciones instantáneas que había imaginado.

Arok no prometió ayudarlo. Aceptó que viajaran en la embarcación sin firmar el informe que había traído. El capitán, que había escuchado parte de la conversación y visto el rescate, confirmó que los llevaría hasta puerto.

Antes de levantarse, el director volvió la cabeza hacia los templos.

Eissa reconoció que su interés seguía allí. Comprendió también que no le correspondía confiar la seguridad de todos a una gratitud reciente.

◦ ◦ ◦

El consejo de Ateulan los recibió junto al lago. Piscibus permanecía en un extremo; Pax se sentó entre los visitantes. Uliel llevó los objetos recuperados de la costa.

Niyela habló de las advertencias que habían recibido demasiado tarde. Lume describió la sensación de aceptar decisiones cuando todo alrededor hacía parecer imposible negarse. Novum contó la llamada de radio sin quitarse responsabilidad.

Los habitantes escucharon. Algunos discutieron entre sí de una forma que los visitantes no alcanzaban a comprender por completo. Al terminar, Uliel dijo que cambiarían la manera de recibir a quienes llegaran al umbral y revisarían el antiguo resguardo de las costas.

—Hemos guardado este lugar mucho tiempo —añadió—. Nos cuesta recordar que estar a salvo no vuelve correcto todo lo que hacemos para conservarlo.

Ajuel observaba los canales. Quiso saber si la ayuda que había intentado dar en el pueblo había sido parte de un plan de Ateulan.

Piscibus negó con la cabeza.

—El pan lo compartieron ustedes.

Ajuel se quedó un momento pensando. Sintió una alegría más pequeña que la del experimento y, por eso mismo, más fácil de llevar consigo.

Pax les preguntó qué querían hacer.

Mian y Lume decidieron volver. Su madre todavía no sabía del naufragio. Lume extrañaba cosas que le habían parecido insignificantes al salir de casa. Mian quería mostrarle las fotografías del arrecife que no habían llegado a perderse con las otras pertenencias: había dejado una primera película en el campamento antes de la huida.

Ajuel también regresaría. Había personas a las que quería pedir disculpas por prometer demasiado y otras con las que deseaba volver a compartir comida.

Novum necesitaba recuperar los registros y declarar lo ocurrido. Dijo que no sabía si volvería a investigar la conciencia. Nadie intentó persuadirlo.

Eissa miró a Niyela. Ella respondió antes de que él pudiera incluirla en su decisión.

—Quiero terminar mi formación. Y mi tesis necesita preguntas mejores.

Él sonrió.

—Yo también voy a volver.

Le dolió decirlo mientras miraba el agua luminosa. Había soñado con permanecer en un lugar donde todo aquello fuera posible. Ahora deseaba aprender a llevar una parte de lo vivido a una vida que todavía podía equivocarse.

◦ ◦ ◦

Uliel los acompañó hasta la costa. No les quitó los recuerdos ni les pidió juramentos. Les explicó que no existía una ruta que pudiera repetirse únicamente copiando un mapa; el umbral se desplazaba en relación con quienes lo encontraban. La costa física seguiría siendo una costa, pero su interior no se ofrecía de la misma manera a todas las llegadas.

Eso no la hacía invulnerable. Por eso también ellos tendrían que decidir con cuidado qué publicar.

Eissa guardó el cuaderno. No entregaría a otros la ilusión de que poseía las instrucciones para entrar en una conciencia ajena.

Pax les regaló unas hojas en blanco. Ajuel esperaba quizá una frase final, una certeza que pudiera repetir al mundo. El maestro le preguntó si tenía dónde escribir.

El joven mostró el cuaderno mojado.

—Entonces estas te servirán.

Se abrazaron.

◦ ◦ ◦

La travesía de regreso fue lenta y ordinaria. Hubo mareo, turnos de descanso y una comida que a ninguno le pareció suficientemente caliente. Eissa descubrió con gratitud que el mar podía ocupar todo un día sin pedirle una revelación.

Al llegar a puerto llamaron a sus familias y después a Salvatierra. La copia del ultimátum había llegado. El abogado recibió los registros que faltaban y escuchó por separado las declaraciones del capitán y de los investigadores.

El cierre del proyecto no ocurrió en una sola conversación. Hubo reuniones, cartas y personas que dejaron de responder. La junta intentó reducir lo sucedido a un desacuerdo entre empleados. Eissa renunció a la dirección y se negó a firmar un

informe que atribuyera a Novum y a Ajuel decisiones que él había autorizado.

Los participantes recibieron sus documentos y pudieron decidir sobre sus testimonios. Con ayuda del abogado, quedaron por escrito las condiciones de salida. Arok no desapareció ni se convirtió en otro hombre. Dejó de tener autoridad sobre aquel grupo.

Novum y Eissa revisaron las cintas durante semanas. Separaron los datos de sus interpretaciones. Marcaron las fallas de registro, las preguntas dirigidas y lo que no podía comprobarse. Guardaron también los relatos extraordinarios, sin reducirlos a errores ni presentarlos como demostraciones que todavía no eran.

El informe que enviaron era mucho menos deslumbrante que el prometido a la junta. En la primera página reconocía los límites del trabajo y la responsabilidad de quienes lo habían dirigido.

Niyela adjuntó una nota sobre consentimiento y observación. No mencionó las coordenadas de Ateulan. En otro cuaderno, de uso personal, dibujó la cascada y escribió todo lo que quería conservar.

Eissa le preguntó un día si creía que habían hecho bien.

—Hay cosas que todavía vamos a tener que revisar —respondió ella.

El doctor volvió a su silla. Por primera vez, esa respuesta le pareció suficiente para continuar.

La orilla



Varias semanas después, Ajuel regresó al pueblo sin ropa blanca y sin una guitarra que lo anunciara desde lejos. Llevaba pan que había comprado y dinero suficiente para pagarse el camino de vuelta.

Encontró al niño cerca de la panadería. Le costó reconocerlo sin el cabello largo.

—¿Todavía haces milagros? —preguntó.

Ajuel dejó la bolsa sobre una mesa.

—Hoy traje desayuno.

El pequeño miró dentro y luego buscó a dos amigos. Una mujer les ofreció una jarra con agua. Cuando otros se acercaron, Ajuel les hizo espacio. No habló hasta que alguien le preguntó cómo estaba.

Dijo la verdad: mejor, aunque todavía había noches difíciles.

Le entregaron una guitarra que habían conseguido para él entre varios. No era la suya. Tenía una marca en la madera y una cuerda demasiado alta. Al probarla, descubrió que podía quererla sin que reemplazara lo perdido.

Tocó mientras el niño repartía el último pan.



Mian y Lume revelaron la película que habían dejado en el campamento. En una fotografía se veían tres tortugas apenas distinguibles bajo el reflejo de la superficie. En otra, Lume reía con una cáscara en la mano.

Su madre buscó un álbum y encontró una imagen de Colita dormida junto a la puerta. La copiaron y guardaron un ejemplar cada uno.

Hablaron de la perra durante una tarde entera. Lume contó por primera vez que se había sentido culpable de no verla después del accidente. Mian admitió que había querido contarle todo y no había encontrado cómo hacerlo sin hierirla.

No supieron si el corredor de los sueños había sido un lugar compartido o una manera de llegar hasta esa conversación. Ninguno necesitó resolverlo antes de seguir hablando.

Lume volvió a estudiar. Mian encontró trabajo cerca del mar. Se escribían con frecuencia y, cuando uno empezaba a hablar con demasiada seguridad, el otro le preguntaba si ya había revisado las notas.

◦ ◦ ◦

Novum conservó la tarjeta del abogado junto a una fotografía del antiguo equipo. Empezó a trabajar en una clínica donde las preguntas tenían otros tiempos. Algunas noches soñaba con las figuras luminosas y despertaba antes de sentirse preparado para recordarlas.

Un día recibió una carta de Ajuel. Dentro había una hoja de las que les regaló Pax y una sola frase: «Hoy ayudé sin prometer que iba a arreglarlo todo».

Novum la dejó sobre su escritorio. A la semana siguiente buscó a Eissa para tomar café. Hablaron de lo ocurrido y también de cosas que no habían tenido sitio en el laboratorio: el sueño, la familia, la

incomodidad de empezar otro trabajo después de haber imaginado que el anterior duraría toda la vida.

Cuando se despidieron no habían resuelto todas sus diferencias. Quedaron en verse de nuevo.

◦ ◦ ◦

Eissa llamó a su hermana una tarde en que no tenía nada urgente que contar.

La voz al otro lado de la línea le produjo una emoción inesperada. Ella le preguntó si estaba enfermo, y él se rio.

—Estoy bien. Quería hablar contigo.

Recordaron la casa de sus padres, la radio y el sofá. Su hermana apenas conservaba detalles de aquella noche.

—Me asustaste bastante —dijo—. Después fingí que no había sido nada para que te calmaras.

Eissa apoyó una mano sobre el escritorio.

Durante años había recordado que ella se había reído. Nunca había imaginado que también podía haber tenido miedo.

—Yo pensé que no me creías.

—No sabía qué creerte. Pero estabas ahí. Eso sí lo sabía.

Hablaron hasta que el costo de la llamada los obligó a despedirse. Acordaron una visita. Al colgar, Eissa dejó encendida la lámpara y salió a caminar. La luz ya no tenía que probar nada acerca de su valor.

◦ ◦ ◦

Niyela lo esperaba cerca de la playa. Había pasado la tarde corrigiendo su tesis y todavía tenía una marca de tinta en un dedo.

Caminaron junto al agua sin dirigirse a ningún sitio. Él le contó la conversación con su hermana. Ella habló de una pregunta que su

supervisor había escrito al margen y que la había hecho revisar varias páginas.

Cuando se sentaron, Eissa sacó un cuaderno. En la cubierta había escrito ProfundaMENTE. Dentro estaban sus recuerdos de Ateulan, los del laboratorio y unas hojas que seguían en blanco.

Niyela lo abrió por la página de las cuatro cifras. Debajo había un dibujo torpe de una cuerda y dos manos.

—Eso sí pasó —dijo.

Eissa asintió.

A veces seguía preguntándose si los seres de luz existían fuera de ellos, si Ateulan podía encontrarse otra vez, si una parte de la vida continuaba soñando después de que el cuerpo dejara de hacerlo. Las preguntas no habían perdido su fuerza. Habían empezado a dejar sitio para otras personas.

Se quitó los zapatos y acercó los pies al agua. Una línea de puntos azules se encendió junto a sus tobillos. Sintió el antiguo deseo de seguirla hacia la profundidad.

Niyela se levantó a su lado.

—¿Entramos?

Eissa miró la costa, la hora y el movimiento del mar. Después le ofreció la mano.

—Un rato. Aquí cerca.

Avanzaron juntos hasta donde todavía podían tocar el fondo. El agua les movía la ropa y les devolvía el peso de los cuerpos. Detrás de ellos quedaban sus zapatos, el cuaderno y una lámpara encendida en la ventana de la casa.

Cuando oscureció volvieron a la orilla.

Eissa recogió sus cosas. Tenía hambre. Niyela también. Subieron por el camino hablando de lo que prepararían para cenar, mientras el océano continuaba respirando a sus espaldas.

Sobre el autor

Manuel Recinos Cofiño es un autor guatemalteco y life coach. Su interés por la naturaleza, el mar, la música y la transformación personal atraviesa tanto su escritura testimonial como su ficción.

Es autor de El círculo virtuoso. En ProfundaMENTE explora, desde la aventura fantástica, la relación entre conciencia, espiritualidad, libertad y responsabilidad: las preguntas que nacen al adentrarnos en lo desconocido y lo que hacemos con ellas al volver.

Editorial Virtuoso

Virtuoso nace con la intención de reunir historias que se leen e ideas que continúan en la vida cotidiana. El círculo virtuoso inauguró su catálogo; ProfundaMENTE abre su camino en la narrativa fantástica.

Su proyecto editorial integra testimonio, fantasía, guías de desarrollo personal y un ecosistema nativo digital. Nuevas obras se encuentran en proceso de desarrollo.

virtuoso.aliadosnexo.com

Colofón

Esta edición fue preparada en Guatemala en octubre de 2026. El texto se compuso en Caladea y la información editorial en Liberation Sans.

La cubierta reúne el horizonte marino, una corriente circular de luz y un templo sumergido. El motivo de las aperturas y las ondas acompaña los comienzos de capítulo.

El texto completo de esta edición se ofrece también en un EPUB de lectura adaptable y en un PDF digital con navegación.

Hay lugares a los que se llega soñando. Volver de ellos exige algo más.

En 1962, un grupo de investigadores y jóvenes voluntarios intenta explorar los límites de la conciencia en una isla del Atlántico. Un sueño compartido, un experimento imposible de explicar y la desaparición de uno de los participantes empiezan a deshacer la frontera entre lo que observan y lo que creen.

Obligados a huir, llegan hasta Ateulan: una comunidad oculta entre el océano y otras formas de existencia. Allí, el conocimiento promete transformar sus vidas. También les exige decidir qué están dispuestos a hacer con él.

ProfundaMENTE es una aventura de sueños, luz y profundidades. Una novela sobre la libertad de preguntar, el deseo de ayudar y la responsabilidad de regresar.

Manuel Recinos Cofiño · Autor guatemalteco y life coach. Autor de El círculo virtuoso. Su escritura une naturaleza, búsqueda espiritual y transformación personal.